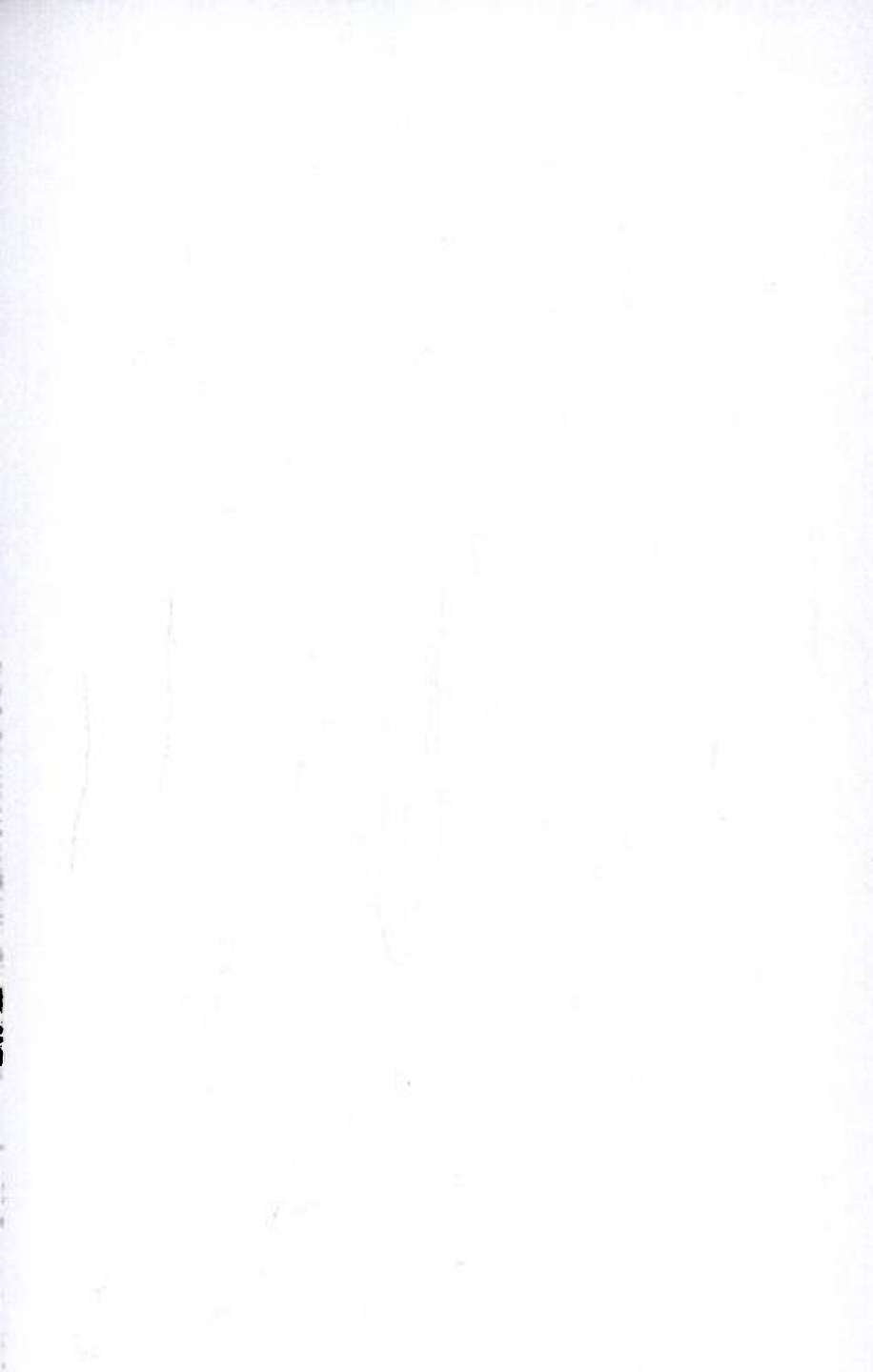






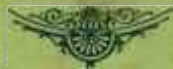


VÍDVAN

POEMA EN CUATRO CANTOS

ORIGINAL DE

*Javier Lasso de la Vega
y Cortezo*



SEVILLA

Imprenta de FRANCISCO DE P. DÍAZ, Plaza de Alfonso XIII, 6

1906



A distinguished artist I,
Limon Barrin dedice este
recomend

H. Anter

VÍDVAN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Concepto de la Fisiología general.*—Sevilla, 1879.
Origen de la Sifilis.—Sevilla, 1880.
El Genio y la Inspiración.—Estudio psicológico.—Madrid, 1884.
La Ciencia y el Arte.—1886.
Cuatro casos de tifus cerebro espinal.—Sevilla, 1889.
Las plantas insectívoras y sus aplicaciones terapéuticas.—Sevilla, 1889.
La Atrepsia.—Sevilla, 1890.
Origen y fin del planeta.—Sevilla, 1890.
Biografía y estudio crítico de las obras del médico Nicolás Monardes.—Sevilla, 1891.
La Nefritis escarlatinosa.—Sevilla, 1894.
Isaac.—Contribución al estudio psico-patológico de una sociedad de fin de siglo.—Novela.—Sevilla, 1900.
Federico Rubio.—Discurso necrológico.—Sevilla, 1903.
El Feminismo.—Discurso leído en la inauguración del curso académico de 1904 á 1905 en la Universidad de Sevilla.
Cervantes y el Quijote.—Discurso leído en la solemne sesión con que conmemoró la ciudad de Sevilla el tercer centenario de la publicación del Ingenioso Hidalgo.—Sevilla, 1905.
Evocaciones.—Colección de poesías precedidas de un prólogo del Ilmo. Sr. D. Mario Méndez Bejarano.—Sevilla, 1905.
Discursos académicos, conferencias, estudios de crítica, etc., etc.

TRADUCCIONES

- Claudio Bernard.*—Lecciones de Fisiología general y de Patología experimental.—Sevilla, 1879.

R. 143415

JOSE TORRES ARANZANA

VIDVAN

POEMA EN CUATRO CANTOS

ORIGINAL DE

*Javier Lasso de la Vega
y Cortezo*



*Poema de Lasso de la Vega
Sevilla, 1926*

SEVILLA

Imprenta de FRANCISCO DE P. DÍAZ, Plaza de Alfonso XIII 6

1906



R. 121

16/30

BC

948

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

PRÓLOGO

No salgo á recibirte, insólito lector, al atrio de este edificio por cortesana urbanidad, sino por advertirte á tiempo los tropiezos y sombras de estas estancias, y las ventajas de renunciar á recorrerlas.

No pases, pues, adelante, sin escuchar mis palabras; sin saber cuándo concebí este libro; qué sentimientos lo engendraron; qué espíritu lo anima; y después de oirme, decidirás, si debes contentarte con el prólogo, ó emprender la lectura del poema.

No es obra contemporánea; es prematuro fruto de mi adolescencia.

¿Quién me lo inspiró?

Nacido y educado, por dilatada tradición familiar y paternal convencimiento, en aquellas creencias religiosas y aquellas ideas morales, dominantes en la sociedad sevillana del pasado siglo, inculcadas en mi ánimo sin fanática exaltación, ni execrable hipocresía, y aceptadas por mi infantil inteligencia, sin recelosa desconfianza, ni pasiva ceguedad; profesadas con el apasionado fervor inseparable de mi espíritu vehemente, y elevadas á la categoría de primeros principios y última razón de mis conocimientos

y de mi conducta, nó por pueril, menos lógica ni congruente, ni derivada de las ideas fundamentales poseídas: arrullado y fascinado por la sublime sencillez de los Evangelios; por las leyendas tradicionales de Zorrilla; por las *Guerras civiles de Granada*; por el heroísmo de Guzmán el Bueno, los refinamientos aristocráticos de Chateaubriand, las delicadezas exquisitas de Lamartine, la sarcástica tristeza de Byron, y las incrédulas expansiones de Espronceda, cuyos excepticismos miraba como efímeras chispas de volcán; conmovido por los imponentes acentos de *Las Siete Palabras* de Haydn, y de la *Sonata pastoral* de Beethoven, y las *Lamentaciones Jeremiacas* de Eslava; criado entre los monjes de Zurbarán, y las Vírgenes de Murillo, y las siniestras inspiraciones de Valdés Leal; nutrido en un ambiente artístico donde destacaban las Murallas romanas, el Anfiteatro italicense, el Alcázar arabesco, y el templo ojival más severo y grandioso que erigió la fe; vagando melancólicamente por el solitario Monasterio de San Jerónimo, por las *Ruinas de mi Convento* y las *Delicias del Claustro*; absorto ante las reflexiones pesimistas de Job; oyendo las aventuras concupiscentes de Gil Blas, y las espirituales hazañas de Don Quijote, y las empresas fabulosas de la Eneida, y la epopeya del descubrimiento de América, y la conquista temeraria de Méjico, y la *Expedición de Catalanes y Aragoneses*, y las proezas de Leónidas, y de la guerra de Troya, y el pundonoroso sacrificio de los protagonistas de Lope y Calderón; halagado por las lecturas novelescas del romanticismo coetáneo y por las vicisitudes insuperables de la Historia; apartado de la rea-

lidad por esta educación sentimental que me transportaba á una esfera de caballerosidad y de hidalguía, á un soñado mundo de Virginias y Bayardos, de equilibrio psicológico, de esperanza y de fe, de fraternidad y de justicia: gozando la placidez intelectual y moral proporcionada por convicciones que satisfacían todos los anhelos del sentimiento y todas las necesidades lógicas de la razón; feliz con mi sonriente concepto del Universo, y de la Humanidad, y de la vida; adolescente aún, casi niño, traspuse los umbrales del anfiteatro anatómico, y ví el interior enlace de nuestros órganos; me asomé al ocular del microscopio, y admiré la estructura de nuestros tejidos; llegué al laboratorio de fisiología, y presencié el movimiento de nuestra máquina; acerquéme á los lechos de la clínica, y observé las úlceras corrosivas de nuestros miembros; penetré en el recinto del manicomio, y escuché las demencias espeluznantes de la razón, turbada por trastornos mecánicos del órgano cerebral; llamé á las puertas de la biblioteca científica, y oí la invectiva volteriana de Buchner; la *Circulación de la vida* de Moleschott; la clasificación vejatoria de Huxley; el yatro-mecanicismo inexorable de Cabanis; las *Cartas fisiológicas* de Carlos Vogt; la impía selección natural de Darwin; la psico-física de Bain; la *Fisiología del Espíritu* de Maudsley; la evolución universal de Spencer, y la apoteosis de la materia entonada por tantos genios..... y, al acento y la intimación de tales sabios, el barro vil del Génesis Bíblico irguióse envanecido, y sublevóse endiosado, contra los idealismos teleológicos de la metafísica; y cuando mi espíritu, espantado por aquella invasión maculosa de lodo, buscó refugio

y auxilio en el templo de la ciencia, sólo halló demoledora crítica de Kant; amargos raciocinios de Stuart Mill; indagación desconfiada de Lewes; formación natural de Ardigó; creación sin creación de Haeckel; hedonismo egolátrico de Bentham; altruismo automático de Spencer; acusaciones devastadoras de Prudhomme; conflictos insolubles de Draper; análisis de todos los dogmas; impugnación de todos los misterios; profanación de todos los tabernáculos; condenación de todas las plegarias; materia sin espíritu; carne sin resurrección; firmamento enlutado; cielo sin gloria; Universo sin Dios, donde blasfema enconada la Humanidad, coreada por las fatídicas reflexiones de Schopenhauer; por el irremisible pesimismo de Hartmann, y la queja desgarradora de Leopardi.

Y yo, que había visto á todo un Dios encender el sol, crear al hombre, y ungirlo con el soplo divino de su aliento; yo que había visto á Adán recorriendo, orgulloso de su origen, las fragantes florestas nacidas para él en los paradisiacos verjeles de Mesopotamia: yo que había seguido á la Humanidad en su peregrinación hacia Dios, y la había contemplado flotante sobre las olas del Diluvio, ó atravesando á pie enjuto el coralino cauce del Golfo Árábigo, ó marchando aventurera á la conquista del vellocino de oro; yo que la había admirado levantando titánica la cima inmortal de las Pirámides; elevando su pensamiento á los cielos en las noches estrelladas de la Caldea; erigiendo la torre de Babel como condensación material de una aspiración infinita; tejiendo góticos encajes pétreos en homenaje á la divinidad: convirtiendo en ciclópeo templo las entrañas de una cordillera; transfigurando en reso-

nante bóveda sagrada la cumbre de una montaña; atravesando los arenales del desierto; corriendo á la redención del Santo Sepulcro, en aquella epopeya de las Cruzadas que se alza como un obelisco en mitad de los campos de la Historia; yo que había sentido á Pedro muriendo invertido en la cruz; y había oído la voz apocalíptica de Juan vaticinando esotérica en el retiro eremítico de Patmos; y había visto á los mártires morir, sin inmutarse, despedazados por los tigres de la Numidia; y á la fe caminar ciega y sin tropiezos por los tenebrosos laberintos de las catacumbas; y á Europa entera creyendo y orando; y á la Humanidad corriendo providencialmente hacia Dios; hacia Dios, latente en el verbo transformado de Cadmo; palpitante en la última lección de Sócrates; en la intuición divina de Platón; en la invención enaltecedora de Gutenberg; en la inducción clarividente de Colón; en la revelación celestial de Arquímedes; en el *Sistema del Universo* de Newton; en la voluntad inquebrantable de Esteban; en la caridad inextinguible de Juan de Dios; en el éxtasis místico de Teresa; en lo colectivo y lo individual, en lo pasado y lo presente, en lo cristiano y lo gentil, ví, de improviso, al hombre envilecido, el ideal aniquilado, la divinidad dementida, el alma desterrada y el Paraíso perdido.

¡Oh! el hombre era descendiente de una estirpe zoológica cuyo origen se pierde en las fulguraciones del sol; era producto de una mecánica fatal y remota, y las extrañificaciones de los yacimientos terciarios son los seculares mausoleos donde reposan las venerandas cenizas de los simios antropoides, fundadores y patriarcas de esta linajuda prosapia, cuyos ínclitos sucesores intrigan en Europa,

conspiran en América, dormitan en Asia, aullan errantes por las regiones circumpolares; asesinan feroces en el centro del África; despuntan en las islas oceánicas por su antropofagia parricida, y son, en todos los tiempos y en todas las latitudes, esclavos tan inconscientes de su conformación orgánica, que su valor sólo significa robustez fisiológica del corazón; y su cobardía procede de un sistema vascular frágil, ó de una secreción interna escasa; y su imbecilidad proviene de una clausura precoz del cráneo; y su indiferencia deriva de la escasez de fósforo cerebral; y su elocuencia, de la exorbitancia de una circunvolución; y su hipocondría, de una alteración hepática; y su maldad, de una perfecta adaptación corpórea; y su virtud, de un altruismo automático; y su moralidad, de un pacto tácito utilitario y egoísta; y su conciencia, de una divagación redundante del mismo reflejo fundamental y biológico que cierra la concha del molusco, ó plega las hojas de la sensitiva; y su espíritu es una conjunción de energías discrepantes; supeditadas á los trastornos del cuerpo; tan irresponsables de las grandezas de Alejandro, y de los crímenes de Nerón, como de las inspiraciones de Safo, y de la contrición de la Magdalena; y todos, genios y salvajes, criminales y santos, Zenón de Elea y Diógenes el Cínico, todos, irresponsables de sus actos; sin más eternidad que la de su combinación; sin más psiquis que la visión interna de la materia misma; sin más porvenir que la disolución; sin más misión que agredir, ni más fruición que vencer, nó en generosa competencia de magnanimidad, sino en sangrienta lucha por esta miserable vida, donde cae rendido el mejor, á los pies del más fuerte ó más astuto.

Jamás abatió corazón humano sorpresa más inesperada, soledad más inclemente, oscuridad más tenebrosa, desengaño más trascendental, ni dolor más inconsolable; y ante esta transformación del Universo; de entre estas ruinas de la esperanza y de la fe, brotó en mi mente la visión lúgubre de Vídvan, como un relámpago ostensible de la tempestad interna; como una protesta del espíritu contra la abyección de que se jactan y en que se revuelcan la ciencia y el arte contemporáneos; como la extrema resolución del ideal que, privado de la plena vida infinita, prefiere el aniquilamiento impasible del *nó ser*, á la humillante vida planetaria.

Si tú, lector eventual, *nó* compartes mis sentimientos; si, indiferente á los grandes problemas de la vida, cambiaste de ideas como de traje, deja esta obra y *nó* leas ni el prólogo; *nó* oigas indiscreto mi pensamiento; *nó* penetres en él como persona extraña en confidencia privada; que este libro, dedicado exclusivamente á los que ponen los anhelos del espíritu sobre las funciones automáticas del organismo, *nó* se ha impreso para tí.

Concebido y escrito bajo el influjo de estas decepciones, lo escondí como un crimen de lesa literatura, y aunque inducido á corregirlo y publicarlo por maestros tan eminentes como el insigne historiador, filósofo y poeta, D. Federico de Castro, cuya sola invocación enaltece estas páginas; aunque invitado á imprimirlo por compañeros y colegas henchidos de suficiencia y de lealtad, la desconfianza de mí mismo lo guardó sigilosamente, y sólo salió á relucir en íntimas expansiones juveniles, entre predilectos amigos, alguno de los cuales, y entre ellos mi

hermano Leoncio, sabía de memoria, y recitaba versos y estrofas enteras, sobre todo, del Canto Primero.

Si entonces, con menos edad y reflexión supe ocultar mis devaneos literarios, reputándolos indignos de la publicidad ¿por qué, en la edad madura, resuelvo darlos á luz? ¿No basta haber infundido existencia mental á la idea?

Sin duda hay algo de fatal, mucho de automático en esta resolución, acaso complemento inconsciente y necesario de la elaboración artística, y por eso acudo á la imprenta, desoyendo los sensatos consejos de mi propia reflexión, arrollados ciegamente por impulsos incontrastables.

.
.
.

El tiempo transcurrido hace que mi obra, avanzada por un concepto, sea retrógrada por otro, y que la cultura de mi protagonista, quizás nivelada con la de su época, resulte algo pretérita en nuestros días.

Muchas interpretaciones y criterios parciales han cambiado de entonces acá en todos los órdenes del saber; pero el problema capital, el eterno conflicto, subsiste oscuro y esquivo como entonces y como siempre, sólo iluminado por los reflejos del misticismo idealista que reverbera en la producción filosófica contemporánea, como reacción natural contra el materialismo imperante en el último tercio del siglo XIX.

Y, concepción de aquel tiempo, no he querido en éste enmendarla, nivelándola con los progresos posteriores: lo que mi protagonista conocía, expresado está, en síntesis,

por las obras indicadas y autores citados al fin del Canto segundo, (cuyos apellidos te ruego leas, lector complaciente, nó con pronunciación extranjera ni española, sino de modo que resulte verso castellano), y de la orfandad de Vídvan; del hospicio; del seminario; del hospital; del amor; y de esa ciencia que completó su medio ambiente, surgió sin apelación, en conflicto cuya legitimidad apreciarás tú, la tragedia mental de su espíritu y el desdichado drama de su vida.

Pero acabo de suplicarte que leas los apellidos extranjeros de modo que hagan versos castellanos.....

¿Cabe ruego más extemporáneo y pueril? ¡Cómo te habrás sonreído.....!

Cuando escribí este libro, todavía interesaban al público los dramas en verso; el teatro romántico; las Dolores de Campoamor; las Poesías de Espronceda; las Leyendas de Zorrilla; la Duda, de Núñez de Arce; las lecturas poéticas del Ateneo de Madrid; la Esposa del Vengador; los primores del Nudo Gordiano...

Hoy, bajo la huera declamación de un arte científicastro, que, alardeando de positivista, arroja la púrpura, y el cetro, y la corona, y las alas, y se viste los mugrientos harapos de lo ínfimo, en lugar de presentarse con toda la hermosura de la desnudez humana, rindiendo así verdadero culto á la naturaleza, hoy hacer versos es mortificar la memoria por hallar un consonante; es ímproba puerilidad accesible á todos, que no la emprenden por despreciable, ó la desechan por estéril.

La forma poética clásica ha desaparecido de hecho en España, nó por refinamiento exquisito de la inteligen-

cia, lo que sería contradictorio y absurdo, sino por embotamiento adinámico de la sensibilidad; y al acento musical de la rima y del ritmo han sustituido las configuraciones caligráficas, y los requilorios geométricos, y las combinaciones litográficas inherentes á esa impotencia modernista llamada por Mario Méndez, con insuperable perspicacia, *culteranismo de la trivialidad*.

Y se desdeña el ritmo, como si el ritmo no representara ley fundamental de la naturaleza: como si usurpara la facultad de cantar y enaltecer el sentimiento; olvidando que es rítmica la vibración de afinada cuerda, que pulsada por la más incorpórea de las artes, nos infunde el arranque patriótico, ó el ardor bélico, resucita el pasado, remonta la fantasía, domina nuestra alma, y sugiere inspiraciones excelsas; olvidando que el ritmo regula el paso de nuestro cuerpo, y somete á compás la explosión de la carcajada, la congoja histérica del sollozo, el latido vivificante del corazón, el quejido intermitente del alumbramiento y el agónico estertor del moribundo.

Por segunda vez, lector, te lo suplico; no me leas: que he escrito en verso, y ya nada grande se puede en verso decir: ya el verso ha quedado reducido á glosar alguna frivolidad modernista, ó alguna tosquedad provincialesca y agreste.

Como si el verso que perpetuó y glorificó, el poema de la Naturaleza de Lucrecio; la explosión de humanidad de Terencio; las Metamorfosis de Ovidio; el punzante sarcasmo de Juvenal; la pasión indivisa de Petrarca; la abnegación de San Francisco Javier; la doliente elegía de Jorge Manrique; el misticismo clarividente de Luís de

León; el estoicismo soberano de Rioja; el espíritu valiente de Quevedo; la conquista de Aráuco, y el descubrimiento salvador de Jenner, estuviese incapacitado para expresar las grandezas de nuestra ciencia, de nuestra filosofía, y de nuestra edad; como si la poesía no revelara, en frase de Byron, el sentimiento de un mundo antiguo y el presentimiento de un mundo futuro; como si todo pensamiento muy exquisito no acabara, según Flaubert, en verso; como si errara Lamartine proclamando que las grandes emociones son todas líricas; como si el verso entretelado en la prosa no atestiguara vehemencia de sentimientos; como si las empresas de lo pasado fuesen fecundos gérmenes de poesía, y el descubrimiento de los rayos X, y de los rayos N, y de las ondas hertzianas, y de las energías del radio, y la invasión submarina, y la navegación aérea, y la transmisión telepática, y la pérdida de adorados ideales, y el desquiciamiento de un mundo moral, y los rugidos de la revolución, y las amenazas imponentes de lo porvenir, no fuesen dignos, ni capaces de encender la inspiración en la frente adivinadora del poeta.

¿Quién sostendrá, ni creará, que la poesía revelada, verbo del sentimiento humano, que habló por boca de Hesiodo en el crepúsculo de Grecia; por la de Homero en los días helénicos; por la de Virgilio en Roma; por Dante en la Edad Media; por Goethe en la Moderna; por Víctor Hugo en el siglo diecinueve, no puede ya decir nada, porque la lucha por la existencia ha extinguido en la vigésima centuria, la irradiación más espontánea y luminosa que ha fulgurado el genio de la Humanidad en los fastos supremos de su Historia?

¡Oh ínfima poesía! ¡Oh iluso Garcilaso! ¡Con qué ritmo podrías tú decir:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres, cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía
Y con ella en mi muerte conjuradas....

¡Cuándo, con la conmovedora expresión con que lo dirías en prosa!

¡Forma poética! ¡Cuánto rebajas el sentimiento! ¡Cómo revela tu rudeza y tosquedad que estás llamada á desaparecer!

Y ¡bajo qué adversos auspicios sale á luz mi obra! Abortado ó redivivo, ¡cuánta desgracia es aparecer, como anacrónica monstruosidad, antes ó después de su tiempo y de su ambiente! ¡Desdichado el que se esmera en pulir candiles, allí donde es ya ordinaria y vulgar la luz eléctrica! ¡Infeliz el que pone cátedra de heráldica en un pueblo de misarquistas! ¡Imbécil el que expende perfumes en la gañanía del cortijo!

.
.
.

Hay en el Canto tercero de este Poema un episodio que tildará de obscenidad descarada la mayoría de mis lectores, autor alguno quizás de actos análogos en el fondo al que se describe allí.

Confieso que pude elegir otra demostración de la tesis, otra exteriorización artística más púdica de mi pensamiento; pero, ¡si así la concibió espontáneamente mi fan-

tasía! ¡si mi propósito era pintar el caso más típico y vulgar para aumentar, en correspondencia con la verdad histórica, la convergencia de efectos que la estética reclama! ¡si para mí, y para la crítica imparcial, no hay en la escena aludida más que energías vitales, conflictos orgánicos, leyes biológicas, lucha por la existencia, y triunfo de la selección natural! ¿á qué sustituir esta escena por otra, en que actuarían las mismas leyes fundamentales rigiendo, con la misma necesidad, fenómenos menos significativos?

Sinceramente lo ruego; nó me lea la virginidad pudibunda; ni la bendita ignorancia; ni la fe religiosa confiada y serena; ni la fe científica presumida y fanática: nó me lean los raquítricos de intuición; los flacos de imparcialidad; los advenedizos escupidos del fango y adaptados al medio; la chusma orgánica que goza con nutrirse y engendrar, y cazar redondelas metálicas; nó me lea el ruin curioso que, ante las losas del anfiteatro anatómico, sólo experimenta fetidez y náuseas, y responde á las ingénuas manifestaciones de la naturaleza con groseras expulsiones gástricas; nó me lea el salvaje que se siente varón ante la Venus helénica ó la ondina de Doré, y, mudo para la vibración intelectual del sentimiento, responde con soeces exaltaciones genitales, á la divina exhibición de la belleza: nó me lean los que creen, como el Plesiosaurio de Ardigó, que hemos llegado á la plenitud de los tiempos, y que la verdad está en poder de la ciencia de nuestros días.

No me lean: que tampoco escribí para ellos.

Yo escribí para mí: para mi corazón desalentado; para los que justiprecian la enfática fatuidad de nuestro tiempo; para los seres austeros que miran como única misión

digna de los espíritus, terráqueos ó siderales, la investigación de la verdad; para los que saben que el dulzor no está en el azúcar; ni lo sabroso en la sal; ni el azul en el espacio; ni la luz en los soles; ni creen en la existencia real de la materia, y sostienen que el Universo todo es alma, y remontan la suya sobre las relatividades inferiores del tiempo y del espacio; yo escribí para los que en extático arrobamiento sienten bullir en el éter inspiraciones creadoras, revelaciones proféticas, presentimientos de ultratumba, telepatías incorpóreas, sombras de ilusiones muertas, callado desfile de las almas, y lloran de placer al sentirse poseídos por la esencia inmortal de lo que es, y creen en la realidad inconcusa del espíritu, y en la redención necesaria de los hombres.

No sé quién eres, lector; acaso un Aristarco empedernido á quien irritan mis desafueros: tal vez un compañero de destierro, capaz de comprenderme y disculparme. ¿Verdad, lector amigo, que no hay obscuridad más fatigosa que la de este problema fundamental? ¿Verdad que es desgracia horrible nacer en mitad de una antinomia insoluble, donde la razón no puede aceptar las intuiciones temerarias del espíritu, ni el espíritu, las mezquindades plebeyas de la razón?

Y es natural, ¿no es verdad, lector amigo?

¿Qué es la ciencia? La ciencia es el conocimiento del Universo que habitamos; es la unificación sistemática de la experiencia posible; es decir, de la naturaleza limitada á este trozo de espacio; á esta distancia del sol; en esta edad del planeta; en la parte accesible á nuestra investigación, tan reducida al presente, que ni llega al centro de

la Tierra, ni alcanza á los polos, pero suficiente para hacernos pensar que, si basta una insignificante diferencia de posición para producir la noche ó el día, el ventisquero ó la canícula, la incandescencia del Sahara ó la aurora boreal, el protococus nivalis ó la cálida palmera, ¿qué fenómenos tan diversos no producirá la sustancia cósmica en otras posiciones, en cada situación posible del sistema planetario, desde el núcleo solar hasta más allá de Neptuno?

Cuando se considera este campo de estudio ¿no inspira profunda compasión la hinchada vanidad del conocimiento adquirido?

Para conocer una entidad ¿no es necesario abarcarla en todas sus relaciones? y aunque alcanzáramos todas las de este sistema solar ¿qué valdría este saber, tan incapaz de deducir *á priori* las leyes del Universo restante, como de estudiarlas todas en la sucesión eterna del tiempo y en la simultaneidad infinita del espacio?

Pero aun logrado ésto ¿sería lo aprendido, conocimiento exacto de la realidad? ¿sería el conocimiento pleno á que aspiran los metafísicos?

Pues eso da idea de lo que vale nuestra ciencia.

Pero acaso ¿vale más la inteligencia? ¿vale más el testimonio de los sentidos y de la conciencia, hijos del medio ambiente, que desfiguran los fenómenos, trocando el movimiento molecular en luz, ó en sonido, ó en frialdad, ó calor, como podrían convertirlo en infinitud de sensaciones, cuya variedad columbra la razón, y cuyo carácter no puede adivinar la fantasía? Si la inteligencia es producto del medio, efecto de él, é inferior á él, ¿qué vale este en-

tendimiento, esclavo y hechura del mismo ambiente, objeto y fin de su conocimiento?

¡Oh trastornador análisis! ¡oh parcialísima síntesis!
¡Maldita la sabiduría que me expulsó de mi sereno paraíso!
¡Cuán siniestro simbolismo encierra el árbol de la ciencia!

¡Si la estructura, cada vez más compleja, del cerebro, obedeciera á la influencia del espíritu, ansioso de labrarse un intérprete, un verbo digno de su alteza y excelsitud.....!

Pero por encima de la ciencia, por encima de la inteligencia, lo que vuela, y se remonta, y se escapa, es la esencia de nuestro sér; aquello que Sócrates llamó Alma, y Spinoza Sustancia, y Schelling lo Absoluto, y Schopenhauer Voluntad, y Hartmann lo Inconsciente, y Spencer lo Incognoscible.....

Y ¿qué debe hacer la Humanidad errática y vendada, ante la realidad inexpugnable? ¡Oh! una noción confusa me dicta que la Humanidad debe, á ciegas, vivir y trabajar.....

Pero Vídvan.... Vídvan debe morir y emanciparse.

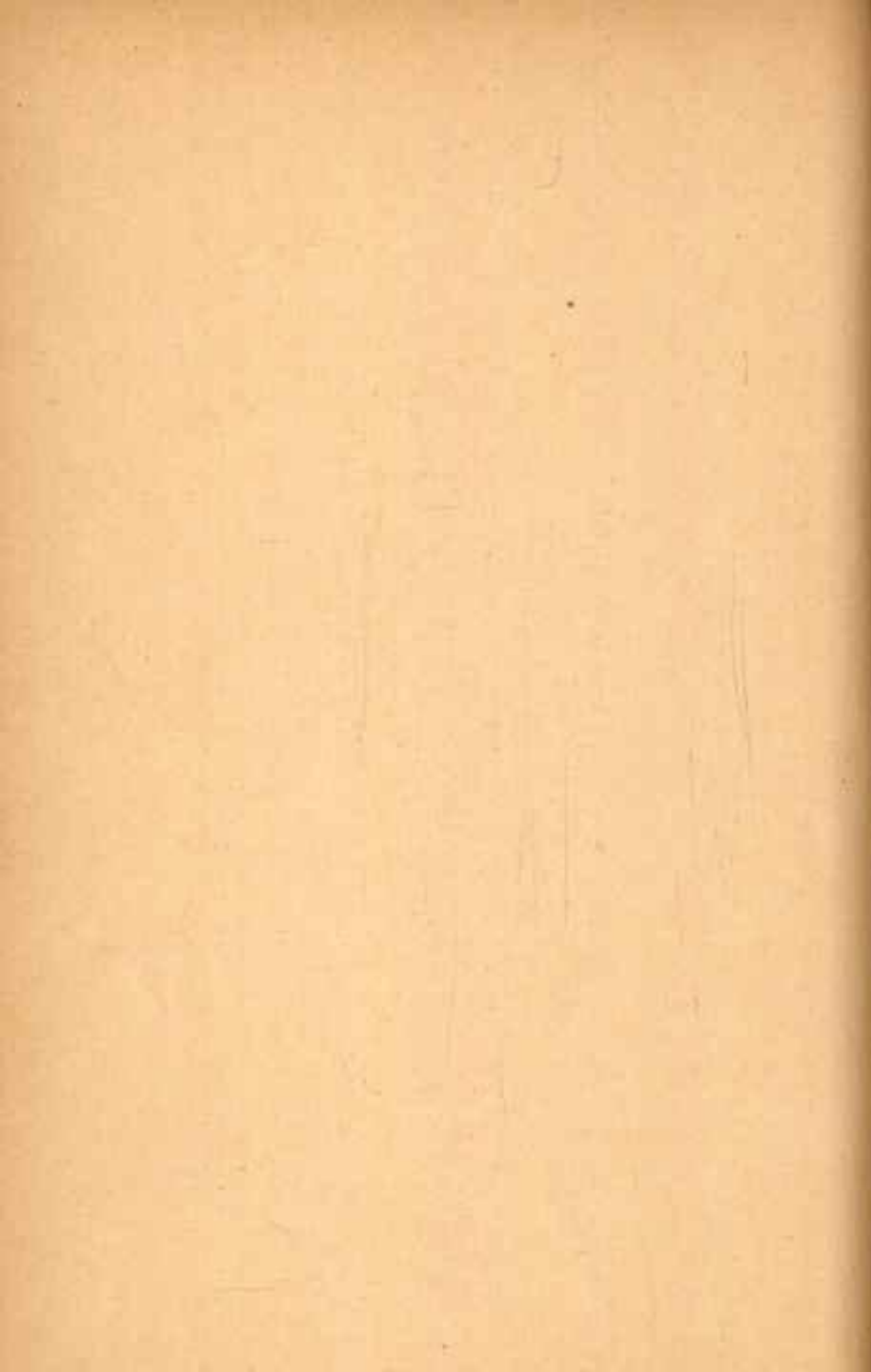
.
.
.

Gracias, lector paciente, por haber llegado hasta aquí: ya me has oído: ahora, pon tu mano sobre el corazón, y si lo encuentras temeroso y dominado por prejuicios, huye: si está libre de ellos, sígueme.

Sevilla 22 de Julio de 1906.

JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO.





VIDVAN

CANTO PRIMERO

I

Es la noche más oscura,
más borrascosa y siniestra,
que ha ennegrecido el espacio
y ha trastornado la Tierra.

La ciudad maravillosa,
que entre verjeles se asienta;
la que guarda en su recinto
las huríes del Profeta;
la que dormita al amparo
de la torre gigantesca
que el sol naciente saluda,
como pidiéndole venia
para bajar á los patios
de las moriscas viviendas;

la que el Betis enamora
rondando al pie de sus rejas,
es por la lluvia azotada,
y combatida y maltrecha
por el huracán violento
que barre sus azoteas;
por el trueno amenazante
que retumbando resuena
en sus calles solitarias
y sus deformes plazuelas,
y por el rayo homicida,
que al desgarrar las tinieblas,
sobre deslumbrante cielo,
hace surgir la silueta
de minaretes y cúpulas,
de campanarios y almenas.

Dan las doce en la Giralda,
y al detonar la tormenta,
sólo los párvulos duermen
en su tranquila inocencia,
pues los adultos, inquietos,
ponen la amarilla vela
encendida ante la efigie
que la tempestad refrena,
ó, en el lecho incorporados,
el santo trisagio rezan,
al par que cierran los ojos

por no ver la luz horrenda
del-relámpago, que audaz,
por las rendijas penetra.

Si asomarse á una ventana
alguna curiosa intenta,
ya porque se tarda el hijo,
ya porque al amante espera,
no bien descorre el cerrojo,
y el cielo iracundo truena,
y el chaparrón la ensordece,
y la exhalación la ciega,
cuando diciendo:—¡Jesús!
—y santiguándose trémula,
entornando con premura,
despavorida regresa
murmurando:—¡¡Santo Dios!!
¡¡Santo fuerte, Él nos defienda!!

Quizá en remota buhardilla
abierto un postigo queda,
que á impulsos del vendaval,
con saña en su umbral golpea;
mas, ni llevando compañía,
hay valiente que se atreva
á subir, para fijarlo,

á distancia tan extrema,
prefiriendo oír su estrépito
á sufrir tan dura prueba.

—

Alguna vez se perciben,
á pesar de la tormenta,
sonoros pasos que van
por la resbalosa acera,
sin que pueda averiguarse,
en lobreguez tan extrema,
si los da un facineroso,
ó son ilusión quimérica,
ó Satanás en persona,
que la ocasión aprovecha
para venir á Sevilla
en noche tan turbulenta:
pero el rumor continúa,
y al resplandor que proyecta
la lámpara de un retablo,
se ve por la acera opuesta
un embozado, y en pos,
una sombra corpulenta,
que adherida á la pared,
se retrasa con cautela;
mas que luego, de improviso,
como si sólo temiera
que la imagen del altar
la contemplase de cerca,

corre detrás del viandante;
veloz con él empareja;
marcha á su mismo compás;
reduce su corpulencia,
y, silenciosa y sutil,
á la fachada se pega,
y entre el muro y el incógnito
pasa escondida y artera;
pero al momento recobra
sus dimensiones primeras;
se adelanta al transeunte
creciendo al par que progresa,
y se pierde en el recodo
de sinuosa callejuela,
satélite inseparable
del cuerpo que la proyecta.

—

Al escuchar los clamores
que el aire en sus alas lleva,
y que ya fingen palabras,
ya de un herido la queja,
ya los ecos de un naufragio,
ya disonantes cadenas,
el ánima intimidada,
con mudo terror recuerda
esos relatos fantásticos
de errantes almas en pena,
donde hay magos, y conjuros,

y encantamentos, y dueñas;
seculares tradiciones
y pavorosas leyendas,
que en las veladas de invierno
en torno á la chimenea,
fueron tema fabuloso
de narraciones domésticas,
y con las cuales asustan
á los nietos las abuelas,
desvelándolos de miedo
con tan lúgubres consejas.

A veces, por corto rato,
el rugir del trueno cesa,
el aquilón amaina,
aplácense las centellas,
se apaciguan los chubascos,
y en la ciudad sólo imperan,
esos temidos rumores
que el turbión nocturno engendra;
el murmullo de las aguas
que inundan las vías estrechas
y en corriente impetuosa
arrebatan cuanto encuentran;
el acento penetrante
del helado centinela,
que á intervalos se aproxima,
y se retira, y se aleja,

y se pierde en la distancia,
y siempre repite; ¡alerta!
la alarmante voz del gallo
que otro, más lejos, contesta;
el esquilón que á las monjas
para maitines despierta;
el maullido de algún gato
que por los tejados trepa;
los soplos del cierzo frío
que huele á mojada tierra;
los vidrios mal ajustados
á los marcos en que tiemblan;
el chasquido con que crujen
al hincharse las maderas;
el rechinar de unos goznes;
el chirriar de las veletas;
el toser de algún vecino;
las canales que gotean...

Tras esta efímera calma,
su reprimida soberbia
despliegan los huracanes
con redoblada violencia,
y al fragor de un aguacero
que el pavimento apedrea,
y lanza duros granizos
que botan sobre las tejas,
y que con son estridente

percuten las chimeneas,
extinguense los ruidos
que antes tan claros se oyeron,
y no vuelven á escucharse
los *gritos del centinela*,
ni el maullido de los gatos,
ni el chirriar de las veletas,
ni el rechinar de los goznes,
ni la canal que gotea,
sino el mugir del torrente,
el bramar de la tormenta,
y los zumbidos del viento
que corre por las callejas.

II

En una calle excusada
del barrio menos poblado,
y más antiguo y aislado
de la arabesca ciudad,

hay una casa ruinosa,
con balcones y portales,
y muros y barandales
de ostensible ancianidad.

Sobre su puerta cerrada
no se encuentra descansando,
noble sangre pregonando,
el jactancioso blasón;

ni más mote, ni divisa,
se advierte en la vieja casa,
que el rayo de luz que pasa
por los vidrios de un balcón.

Desafiando la noche,
las tinieblas disipando
y la calle atravesando
con *veloz celeridad*,
 va aquella luz á fijarse
en blanca pared de enfrente,
que ilumina refulgente
con chocante intensidad.

Á veces, en este espacio
de pared iluminada,
se ve una mano crispada
de colosal dimensión,
 sin que pueda asegurarse
si á tal crispatura extraña,
una oración acompaña,
ó acaso una maldición.

Se ve un rostro gigantesco,
cuya frente cavilosa
en la ancha mano angulosa
descansa con languidez;
 ó se ven *sombras diversas*
siempre raras, nunca iguales,

que á través de los cristales
se siguen con rapidez.

¿Quién mora en aquel retiro...?
Tal es el tema constante,
que apuran á cada instante,
con necio conjeturar,
 las solteronas maduras,
las doncellas timoratas,
y la plaga de beatas
que invade la vecindad.



Detrás de aquellos cristales
que el temporal, de aguas cubre,
la vista ansiosa descubre
un espacioso salón,
 en uno de sus extremos
pródigamente alumbrado
y en penumbra cobijado
en su restante extensión.

—
Apenas los ojos logran
escudriñarlo curiosos,
se detienen recelosos
en la vaga oscuridad,
 porque en ella se columbran
fantasmas, formas flotantes,
y quiméricos semblantes
de incongruente ambigüedad.

Aquel pasmoso recinto
mansión infernal figura;
infunde mortal pavora
el fin del ancho salón,
y su longitud prolonga,
y su lobreguez aumenta,
y sus monstruos acrecienta
la loca imaginación.

En caótico desorden,
aquí una sierpe reposa;
allá, fúnebre, se posa
murciélago colosal;
y, como en mundo en ruinas,
se ven frisos, capiteles,
trípticos, lanzas, broqueles,
un sátiro, una vestal,

Ánforas, cotas, espadas,
exóticos animales,
subterráneos minerales,
Venus de esbelto perfil,
centauros, ninfas, sirenas,
y cupidillos y ondinas,

y deidades peregrinas
del Paraíso gentil.

Mas, si un punto reflexiona,
halla, al fin, la inteligencia,
de tan rara concurrencia
la anhelada explicación,
y ve que son ejemplares,
de estudio y arte modelos,
que invaden muros y suelos
con informe profusión.

Es que en la estancia, confusos,
están, hachas del geólogo;
grandes conchas del zoólogo;
relieves del escultor;
el microscopio del sabio;
el secular manuscrito...
¡las uñas del erudito!
¡las alas del pensador!

Como si aquel maremagnum
un hechicero habitara,

y en sus ámbitos probara
su diabólico saber,
 mil máquinas y redomas,
se encuentran en él dispersas,
con mil sustancias diversas
de misterioso poder.

Allí mármoles y bronces
y medallas se confunden;
en las tinieblas se hunden
torsos de atleta, y se ven
 mariposas y sinsontes,
esqueletos naturales,
y en transparentes fanales,
restos humanos también.

Y en el centro de una mesa;
entre asombrosos inventos;
rodeado de instrumentos
de examen é indagación,
 dominándolos á todos,
se yergue un cerebro humano,

como un sempiterno arcano
cercado por la razón.

Y mientras, fijos, los ojos
se dilatan y alucinan,
y en diferenciar se obstinan
lo aparente y lo real,
con acompasado ritmo,
su grave nota reitera
una invisible gotera,
cual péndulo natural.

* * *

Entretanto, en el extremo
que aparece iluminado,
ante una mesa sentado,
distintamente se vé
un hombre de culto aspecto,
profundamente abstraído
y en el estudio embebido
del volumen en que lee.

La sien apoya en las manos;
los codos sobre la mesa;
y en sus miradas expresa
la insuperable ansiedad,
la excitación sobrehumana
del que, al buscar lo imposible,
sumido en lo incognoscible,
naufrega en la inmensidad.

Problema grave, sin duda,
lo inmoviliza: la frente
levanta cual si impaciente
previera una relación,
y después de breve pausa,
al margen del libro escribe
de la idea que concibe
la sucinta anotación.

Ni el frío intenso lo agita,
ni lo distrae la tormenta,
ni la lluvia lo impacienta,
ni le importa el vendaval,
ni el reloj que el tiempo marca,
ni la apariencia de vida
que, en la penumbra sumida,
toma la hueste animal.

Está abismado: se halla
en esos arduos momentos,
en que van los pensamientos
en constante progresión,
hasta que se inflama súbito
el sentimiento dormido,

y vibra á ellos unido,
y empieza la inspiración.

Y van pasando las horas,
y el sabio sigue extasiado,
sin oír el altercado
de los vientos, ni el tronar,
ni el agua que el techo filtra,
ni de la lechuza el eco,
que en el campanario hueco
se oye lúgubre graznar.

Impasible permanece;
que el hombre ha sido dotado,
como ser privilegiado,
del poder de la abstracción,
para que cruja el planeta
y retumbe el firmamento,
sin turbar del pensamiento
la atrevida concepción.

Y antes que la bella auro^{ra},
con sus rosados fulgores,
diese á pájaros y flores,
matices, luz y calor,
 cerró el filósofo el libro
y, consigo mismo hablando,
así dijo, pronunciando
con acento de dolor;

¡Cuán titánica lucha es la existencia
De quien se obstina en descubrir, osado,
De la verdad la incógnita excelencia!
¡Cuál queda de su audacia castigado!
¡La luz serena de la fe se apaga!
¡La razón, impotente, no le ayuda!
¡Y el temerario espíritu naufraga
En el mar insondable de la duda!

Dijérase que aun Dios niega el permiso
Que al ignorante Adam ceder no quiso;
Su copa el árbol de la ciencia eleva;
Mas quien sus frutos, atrevido, prueba,
Desterrado se ve del Paraíso.
¡Oh! ¡cómo, entonces, consternado llora,
Desierto el corazón, su fe perdida!
¡Qué amarga incertidumbre lo devora!
¡Antítesis funestas de la vida!

¡Qué ingrato es estudiar, cuando la ciencia
Destruye el ideal que nos sostiene,
Sin darnos otro, que de paz nos llene,
Como llenó algún tiempo la creencia!
Ayer la religión compadecida
Felicidad brindaba tras la muerte;
Mañana la hallará en la misma vida
La Humanidad tal vez; mas ¿de qué suerte,
Dónde la encontraré, yo que he nacido
En esta edad en que la mente humana
Sólo guarda un cadáver corrompido,
Abono para el germen de mañana?

Jamás, del templo en la callada nave,
Idillio susurró más delicado,
Que el que exhaló mi labio inmaculado,
Cual leve nota de sencilla clave.

Yo me postraba ante la Virgen pura,
La abogada del triste desterrado
Que á este valle de lágrimas lanzado
Sólo en ella encontró vida y dulzura,
Y ante aquella poética criatura,
Que ni castiga, ni abandona al hombre,
¡Madre! clamé-con toda la amargura
Del postergado expósito sin nombre
Que crece en orfandad cruel é impía,
Y efusivo y veraz, llorando á mares,

Contábale á la Virgen mis pesares,
Como á la sola confidente mía.

¡Cuántas veces dejé la reja inerte,
Tan consolado de letal quebranto,
Cual todo aquél que el reprimido llanto
Sobre el regazo de su madre vierte...!

Entonces, infantil y candoroso,
De aspiraciones confiadas lleno,
Ni sospeché el problema pavoroso,
Ni el áspid del saber hirió mi seno
Turbando eternamente mi reposo.

Años después, desgracias infinitas
Mi atribulado espíritu inquietaban;
Las benéficas lágrimas benditas
Que un tiempo de mis párpados brotaban
Mitigando mis justas aflicciones,
Ya no surcaban la mejilla mía;
Las lágrimas son restos de ilusiones,
Y un huracán de alevés decepciones
Desarraigó las que en mi pecho había.

Era una noche tenebrosa y fría;
En calada tribuna, esquivamente

Suspendida en la bóveda sombría
De cristiana basílica ferviente;
Contemplando, á través de los colores
De ojival y translúcida vidriera,
La turbulenta tempestad que, fuera,
Lanzando repentinos resplandores,
Con implacable cólera estallaba,
Yo solo, mis recuerdos devorando,
Ignorado y oculto meditaba,
Mientras el pueblo, taciturno entrando,
La columnata espléndida invadía,
En el gótico templo levantando
Sordo rumor que el eco engrandecía.

Dominando su inercia y pesadumbre;
Con lengua musical y sobrehumana,
Desde su aérea y eminente cumbre,
Doblando con discreta parsimonia,
Gimió lúgubrementemente la campana.
Acallóse la ansiosa muchedumbre;
Comenzó la sagrada ceremonia,
Y yo solo quedé con mi tristura
Envuelto en sombras en la inmensa altura.

¡Jamás lo olvidaré! Hubo un momento
De silencio tan hondo, austero y grave
Que contenido hasta el humano aliento,
Sólo vibraba en la espaciosa nave,
Tenue chisporroteo de la cera
Que al pie de los pilares se quemaba;
El chocar de la lluvia en la lumbrera;
La voz del sacerdote que rezaba.

Después, como lamentó enardecido;
Cual patética mística plegaria;
Como el convulso indómito gemido,
Que escapa en la congoja tumultuaria
Y expresa, con sollozo entrecortado,
La imprevista explosión involuntaria
De latente dolor exaspèrado;
Como una voz angelical que, amante,
Por la contrita Humanidad pidiere,
Se alzó un eco angustioso y penetrante
Clamando inconsolable; ¡Mí.....serere!

¡Qué impresión en mi mente soñadora!
Cuando fijé mi vista, cautivado
Por la suprema impetración sonora,

Y á la luz de los cirios expirante,
De asombro y estupor intimidado,
Ví la arcada magnífica y gigante
De su inaudita pesantez esclava;
Ví, cual ciclópeo, enorme, monolito,
La potente columna de granito
Que hasta mis pies altiva se elevaba;
Y allá abajo, en el polvo confundida,
La pecadora multitud oscura,
Misericordia demandando impura,
Tan trémula y de horror sobrecogida,
Cual si hubiese sonado ya el momento
De su mutua y postrera despedida;

Cuando aturdió mi oído, en son violento,
El canto funeral de cien campanas
Pregonando elocuentes en el viento
La insensatez y desventura humanas;
Y siempre aquel acento compungido,
Como una queja que en aumento fuere;
Como un eterno y fúnebre gemido
Sollozando elegíaco ¡Miserere!
Que, por la inmensa turba repetido,
En bóvedas y en arcos resonaba,
Y en túmulos y piedras sepulcrales,
Y en todo el ancho templo retumbaba,
Cual si, su inercia y rigidez vencidas,
Los ángeles de talla colosales,
Las yacentes estatuas adormidas,
Los ínclitos varones sepultados
Bajo las negras losas funerarias,

Uniesen á los vivos sus plegarias,
Por tan doliente cántico evocados;

Al contemplar la bíblica grandeza
De aquel pesar, á un tiempo encarecido
Por el órgano armónico y sentido,
Por el ministro del Señor que reza,
Por el coro que ascético replica,
Por la anhelante multitud que implora,
Por la campana que al doblar suplica
Y por el eco que en los aires llora;

Al percibir la luz deslumbradora
Del relámpago aquel que en la lumbrera
Tomó el color de los cristales rojos,
Y un instante en la atmósfera brillando
Cual llamarada de infernal hoguera,
Hizo cerrar los espantados ojos
É inclinar las cabezas aguardando
Que el castigo celeste las hiriera;

Al escuchar el trueno formidable
Que á la queja y al llanto contestara,
Estremeciendo el templo deleznable,
Como si Dios el ruego rechazara,

Yo creí que el momento era llegado
Del Juicio Final: que precedido
Del rayo, por su diestra fulminado,
El Dios de los ejércitos, seguido
De fúlgidas legiones descendía;
Que la vetusta bóveda crujía
Y las frentes del pueblo amenazaba;
Que la expiación tremenda comenzaba;

Que la humilde piedad se convertía
En tumulto de indignas contriciones;
En cínicas y horrendas confesiones
De repugnantes culpas y extravío,
Y, presa de tan fuertes impresiones;
Perdido allá en el ámbito sombrío
Donde pugnaban la oración y el trueno;
Sintiendo el tembloroso escalofrío
Cortejo de las grandes emociones,
Formé con la campana y con el treno,
Con el suspiro y la tormenta coro,
Y doblé la rodilla anonadado,
Diciendo, de entusiasmo arrebatado;
«¡Arte! ¡Divino Arte! ¡yo te adoro!»

• • • • •
• • • • •
• • • • •

¡Grandiosa conmoción! Largo lamento
Las preces terminó: desde la altura
Ví alejarse, con tardo movimiento,
La enlutada viviente sombra impura
Tendida en el marmóreo pavimento
Que ostentó descubierto su blancura;
Las contristadas turbas penitentes
Ante las anchas puertas se agolparon;
Las pesadas cancelas rechinaron
Al girar en sus goznes estridentes:
Cesaron de la lluvia los rigores;
Y ya la tempestad apaciguada,
Y extinguidos, del cirio los fulgores,
Y el rumor de la última pisada,
Reinaron en el templo, de igual suerte,
La soledad, imagen de la nada,
Y el silencio, atributo de la muerte.

—
Descendí de la gótica tribuna,
Y un momento después, cuando abstraído
Por reflexión ingrata é importuna,
Me alejaba, confuso y abatido,

Pasando ante la serie numerosa
De desiertas capillas, alumbradas
Por solitaria lámpara, y fundadas
Por rico fausto, ó promisión piadosa,
Volví maquinalmente la cabeza,
Y cual fulgor, por Venus emitido,
Que cuando el alba á despuntar empieza
Va á iluminar del ruiñeñor el nido,
Asímismo seráfica mirada
Divisé fija en mí tan tiernamente,
Á través de una verja ya cerrada,
Que involuntaria ó instintivamente,
Permanecí suspenso, contemplando
De aquellos ojos la sin par dulzura,
Que llegaba á mi pecho despertando
Grata fruición y célica ventura.

Era la Virgen misma que, indulgente,
Mis infantiles cuitas mitigaba;
Aquella á quien el huérfano indigente
Sus expansivos rezos dedicaba.

¡Qué intensa evocación! La magna escena
Pocos momentos antes concluída;
La inconsolable y enconada pena
Que surcaba mi frente padecida;
La majestad solemne de la hora
Que proclamó con doce campanadas

De invisible reloj la voz sonora;
Las monótonas notas compasadas
Del péndulo incansable que se agita,
Como si fuese el rítmico latido
Del corazón del Tiempo que palpita;
El viento que allá arriba se filtraba
Por las vidrieras, con sutil sonido,
Que errabundo lamento semejaba;
La sombra del querube suplicante
Que las alas plegaba ó extendía,
Según la luz movible recibía
De la argéntica lámpara oscilante
Que de la clave cóncava pendía;
El ejemplo de extáticas figuras
Que en egregios sarcófagos se alzaban,
Y en el reposo de la noche oraban
De hinojos en sus pétreas sepulturas;
El conjunto imponente y pavoroso
Del templo en su grandeza indefinible,
Infundiendo terror supersticioso;
El lejano recuerdo indestructible
De una infancia sin padres, ni alegría,
En que á la excelsa Virgen invocaba.
Como á la sola confidente mía;
Todo, mi ingratitud reconvenía;
Todo, de mi emoción participaba,
Y era voz persuasiva y elocuente
Que á mi cerrado corazón llamaba.
Reacción de lo pasado en el presente;
Brusca expansión de sentimiento blando;

Crisis suprema de pesar secreto,
Yo caí de rodillas implorando
Y algún gemido resonó indiscreto.
—«¿Por qué no conservé sencilla y pura
La bienhechora fe que poseía,
Y olvidé la oración que á tu dulzura
Mi espíritu amoroso dirigía?
¿Por qué, rompiendo tan amables lazos,
Me arrojé de la ciencia, siempre impía,
En los desnudos inclementes brazos?
Mas ¿qué importa? Si oíste mis clamores;
Si sentiste conmigo mis pesares;
Si supiste dar tregua á mis dolores;
Si sólo en tí encontré madre querida;
Si he disfrutado al pie de tus altares
Los únicos deleites de mi vida,
Incrédulo ó creyente, malo ó bueno,
Deuda de gratitud tengo contigo,
Que vive eterna en mi angustiado seno;
Y si aquí habita Dios, sea Dios testigo,
De que, vertiendo conmovido lloro,
Tus consuelos recuerdo y los bendigo.
¡Devuélveme la fe que en tí tenía!
Mas ¡ay! que aunque me niegues lo que imploro,
¡Stella matutina! ¡yo te adoro!
¡Dios te salve, María!»

.
.
.

Aquélla fué la lucha postrimera
Que la fe y la razón en mí trabaron;
¡Cuán falaz la victoria y pasajera
Que las creencias místicas lograron!
El pensador que, en el primer momento,
Sólo adoró la mágica grandeza
Del arte que subyuga al sentimiento,
Pronto recuperó su fortaleza,
Y atribuyó al pesar que me postraba,
A fatal seducción de la belleza,
Y á tanta conmoción como embargaba
De mi espíritu altivo la entereza,
Aquella irreflexiva idolatría,
Aquel inexplicable arrobamiento,
Que transitoriamente oscurecía
El faro y el fulgor del pensamiento.

Desde entonces, en roca inquebrantable
Irguiéronse mis firmes convicciones,
Cual bélica muralla inexpugnable.
Guiado por rebeldes ambiciones,

Sondé los cielos, exploré el abismo,
Analicé lo inmenso y lo invisible,
La entidad material y la intangible,
De todo movimiento el mecanismo,
De todo sér viviente la estructura,
No perdoné momento ni criatura,
Y apliqué mi razón y mi experiencia,
Lo mismo al éter, que en la luz fulgura,
Que á mi propia recóndita conciencia.

Y en vez de aquella chispa, dimanada
De la insigne y conspicua inteligencia,
Que hizo brotar los orbes de la nada,
Descubrí una verdad que nos humilla;
Hallé que lo que engendra el pensamiento,
No es del Creador el incorpóreo aliento,
Sino un rayo de sol que ya no brilla.

Es poder tan enérgico y fecundo,
Que en la vasta extensión del firmamento,
Enciende un sol ó desbarata un mundo;
Y girando en protéico movimiento,
Es luego tempestad, nube brumosa,
Gota de lluvia, savia transformable,
Aromática flor, fruta sabrosa,
Sangre caliente, nervio impresionable,
Ojos que ven, cerebro que percibe,
Memoria que retiene y acumula,

Juicio que compara y que calcula,
Voluntad que aconseja ó que prohíbe,
Emoción que humedece la pupila,
Delirio inenarrable del asceta,
Histérica intuición de la sibila,
Vaticinio estupendo del poeta,
Colom que embarca, Gutenberg que imprime,
Fidias que esculpe, Lulio que disputa,
Bacón que experimenta, Job que gime,
Kempis que afirma y Darwin que refuta.

Y sabiendo que todo es una esencia,
Por innúmeras formas disfrazada;
Fuerza inmortal, que cambia de apariencia,
Pero jamás se pierde ni anonada:
Que es principio de muerte toda vida,
Y mudanza de vida toda muerte;
Que vivo padeciendo y á igual suerte
Está Natura toda sometida,
Yo en rígidos principios apoyado,
A impulsos de un amor grande y sincero,
De compasión profunda penetrado,
Llamé mi hermano al Universo entero.

Y en este amor que me inculcó la ciencia,
Y es supremo deber de mi existencia,
Cumplido sin liviana vanagloria,
Fundé una religión tan santa y triste,

Que me incita á hacer bien á cuanto existe,
Y nó me brinda redención ni gloria,

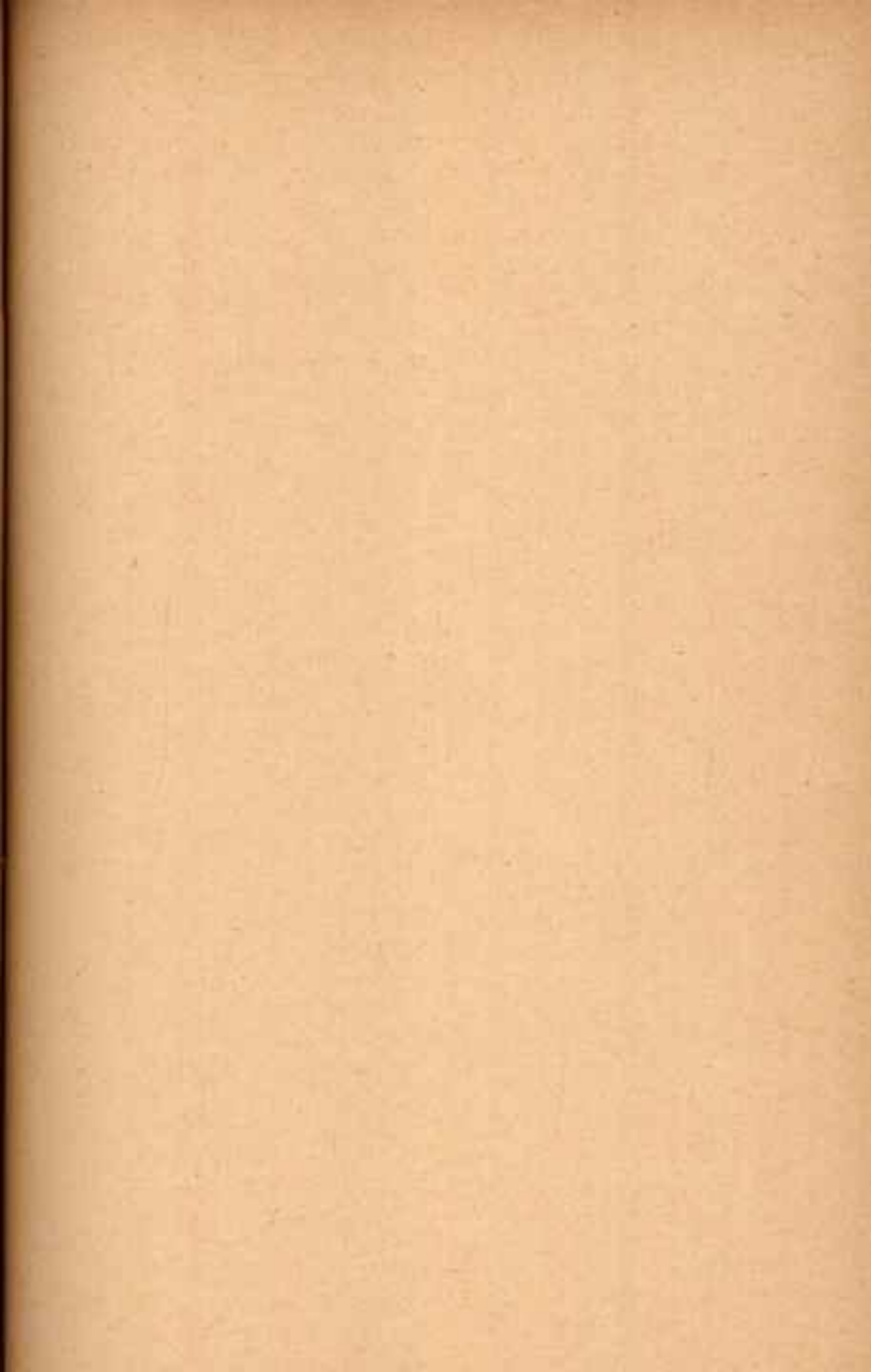
Mas ya la tempestad se desvanece,
Y ante mis melancólicas pupilas
La bóveda estrellada reaparece,
¡Rigel! ¡Lucero azul! ¡Cómo rutilas!
Parécesme Vestal inmaculada,
En cuya frente de virgínea lumbre,
Por perenne ignición purificada,
No cabe tenebrosa podredumbre.
¡Cuál te remontas en veloz carrera!
¿Conduce, por ventura, tu camino
Al pie del Sér que el Universo hiciera?
¡Quién ligase su suerte á tu destino!
¡Incógnito Hacedor! ¡Oye mi acento!
Si eres fuerza creadora ilimitada;
Potencia de inconsciente movimiento,
Que truecas en inútil sufrimiento
La quietud apacible de la nada,
Arróllame en tu máquina implacable,
Y convierte en apático granito
Esta vana existencia miserable.
Pero si escucha mi apremiante grito,
La paternal clemencia inagotable
De un Dios omnividente é infinito,
Que por su hechura, generoso, aboga,

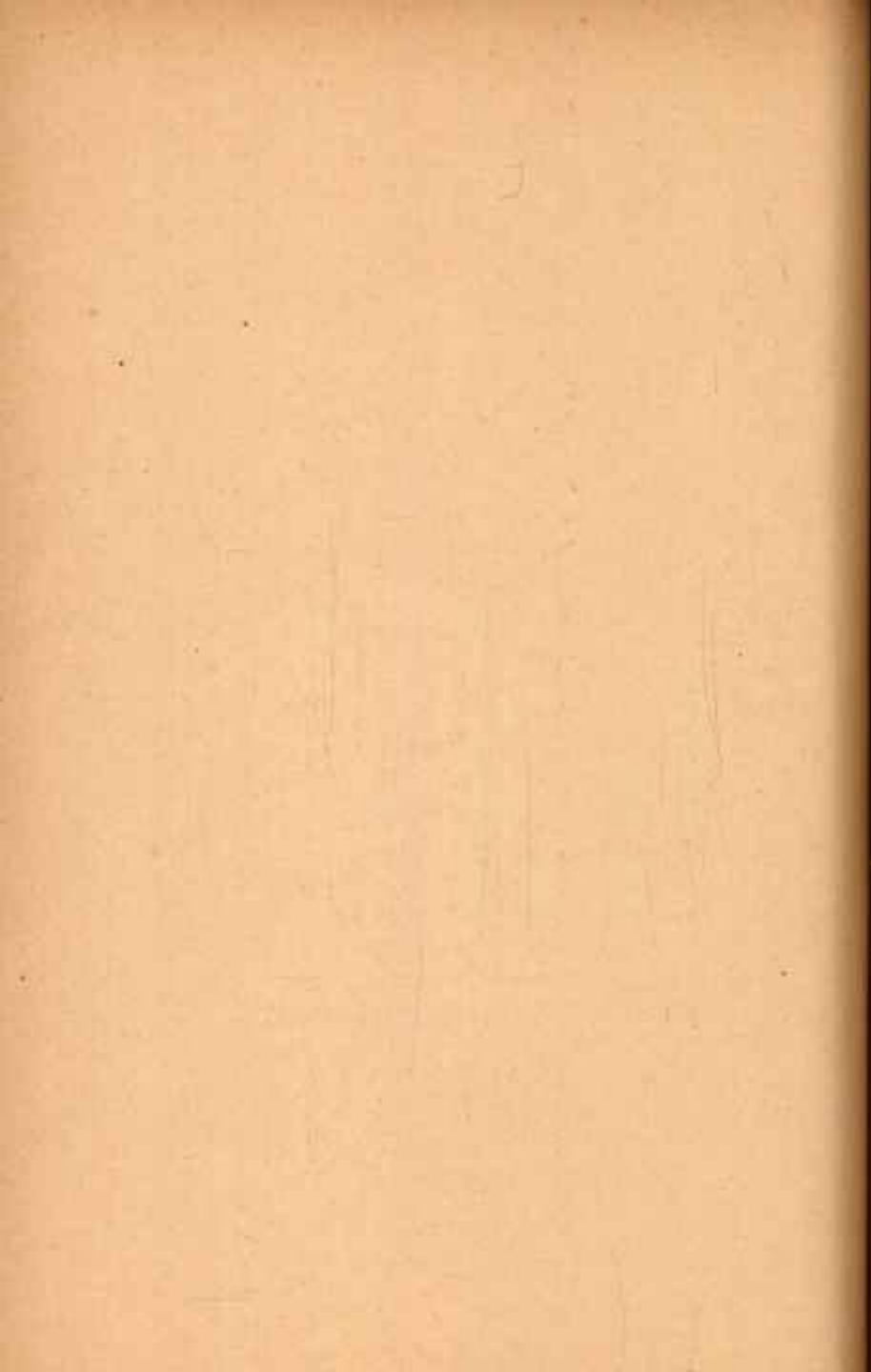
¡Benigno acoge mi afanoso anhelo!
¡Sufro nostalgia de soñado cielo,
Y de esta cárcel la estrechez me ahoga!
¡Compadece á la mísera criatura
Que jamás te negó: que si algún día,
Desalentado por la ciencia oscura
Que mi amor á lo eterno contraría,
Derrumbé la menguada sinagoga;
Abatí la mezquita y su impostura;
Eché por tierra la pagoda umbría,
Y hereje universal de la fe humana,
De todo templo y comunión proscrito,
Penetré en la basílica romana,
Hendí la turba idólatra y mundana,
Profané sus liturgias y su rito,
Apostrofé al ungido visionario
Y rebelde, sacrílego, precito,
Acerquéme al altar que el hombre alzara,
Y derribé la efigie y el sagrario,
Y arrasé el tabernáculo y el ara,
Fué por ver si allí estabas en presencia;
Fué queriendo adorar tu esencia pura;
Rendirte en holocausto mi existencia,
Y morir abismado en tu hermosura....!

.
.
.

Calló el sabio, y cuando hubo
el cuarto á oscuras dejado,
y, en el sillón, agobiado
de sueño y pena quedó,
 lanzando calor y brillo,
radiando luz y alegría,
entre cantos á porfía,
el sol triunfante salió.

FIN DEL CANTO PRIMERO





VÍDVAN

CANTO SEGUNDO

I

Cual diminuta ecuatorial semilla,
Que por raudo huracán arrebatada,
Es á climas glaciales transportada
Donde no alegra el campo la avecilla:
Donde fugaz y estéril primavera
No da al jardín la brisa embalsamada,
Ni aquel verdor de la natal pradera;
Donde arraiga y vegeta lentamente,
Pálida, enferma, mustia y combatida
Por los soplos del ábrego inclemente,
Que le arranca las hojas con la vida;
Ansiando sol y gotas de rocío
Y hallando en torno yermo refractario,
Brumas y escarchas, lóbreguez y frío,

Así vivió aquel hombre extraordinario,
Que no bien vino al mundo en triste día,
Cuando, errabundo paria solitario,
Padres, nombre, ni albergue poseía.

La noche en que una mano despiadada
Lo entregó en el asilo, donde un seno
De amor exhausto y de codicia lleno,
Mantuvo su existencia infortunada,
Hallóse de la expósita criatura
Escondido en la mísera envoltura
Manuscrito papel: *Vídván* leyeron,
Y esta palabra de acepción oscura
Fué el nombre con que al niño conocieron.

Precoz, para abarcar más sinsabores;
Sensible, para más intensamente
Apreciar de la vida los dolores,
Vídván creció sin que su tersa frente
Jamás besara maternal dulzura;
Jamás una amorosa complacencia
Satisfizo, entre frases de ternura,
De su pueril antojo la vehemencia;
Jamás el juego abandonó cansado,

Y en amante regazo guarecido,
Al arrullo de un canto acompasado,
Con lánguido vaivén, quedó dormido.
Su infancia, lucha fué digna de Atlante;
Fué epopeya titánica ignorada,
Cual la de esa semilla germinante
Que no muere infecunda, sepultada
De agreste roca en las entrañas duras,
Porque al par que su cuerpo se humedece,
Y se reanima, y desentume, y crece,
Y extrema su opresión y sus torturas,
Lejos de subyugarse forcejea;
Hínchese osada; su prisión grietea;
La agobiadora bóveda quebranta,
Y empujando el terrón que la sofoca,
Lo sopesa, lo eleva, lo disloca,
Y de su tumba, viva, se levanta.

Por crónica dolencia aprisionado,
Pasó en la soledad y la tristeza,
Y á quietud enervante condenado,
La edad en que el espíritu, educado,
De su letargo á despertar empieza;
Y la niñez de Vídvan transcurría,
Siendo todo su juego y distracciones,
Contemplar, tras los tétricos balcones
De lóbrega y helada enfermería,

Las torres del ruinoso *monasterio*,
Los sauces de un antiguo cementerio
Y el mar que en lontananza se perdía.

La visión melancólica y sombría
Del paisaje que á Vídvan recreara
Y en que tan sólo el cielo sonreía,
Cual si, con esto, encarecer quisiera
El olvido del mundo, y procurara
Volver los ojos á la azul esfera,
Honda huella dejó en el desgraciado
Que reflejó en su sér constantemente;
La aspiración á un fin más elevado
Que entraña el monasterio penitente:
La protesta y la lucha en que se obstina
El mar contra las rocas escarpadas;
La tristeza del sauce que se inclina
Sobre musgosas tumbas olvidadas,
Y esa sinceridad, esa pureza
Del cielo despejado y esplendente,
Que agota de la vista la agudeza
Á fuerza de ser hondo y transparente.

Curado del tenaz padecimiento
Que el desarrollo físico atrasaba,
Y que á quietud el cuerpo condenaba
Tanto como avivara el pensamiento,
—Que el dolor con su trágica insistencia,



Marchitando infantiles ilusiones,
Y engendrando precoces reflexiones
Fortalece la tierna inteligencia, —
Fué Vídvan á Sevilla trasladado
Y pronto, y por su raro entendimiento,
Al Seminario Conciliar llevado,
Donde tan claro excepcional talento
Debió ser á la Iglesia consagrado.

Aquel fué ya otro mundo y otra vida.
¡Cuán profundas y nuevas impresiones
Causaron en su mente sorprendida,
La ciudad, las modernas invenciones,
El lujo refinado y fastuoso,
Las romanas ruinas colosales,
El arabesco alcázar primoroso
Y los místicos templos ojivales!

Y su intuición potente deducía
De pueblos extinguidos la existencia,
Que el anhelado estudio de la ciencia
Con fácil claridad explicaría.

Ella también satisfacción daría
Á la curiosidad inagotable
Que toda observación le sugería;

Que en su antigua vivienda insoportable
Quedaba defraudada cada día.

Allí, además, la turba bulliciosa
Encontró de animados compañeros,
Que hablaban en sus diálogos sinceros
De una madre querida y cariñosa;
Allí cuenta se dió precisa y clara
Del problema crúel que presentía;
Del rigor con que el hado lo tratara;
Del abandono injusto en que yacía:
Y allí también, por Vídvan conocido,
Hallaba en esta invocación oscura,
Mordaz recuerdo de la mancha impura
Que ocultó con su sombra un apellido.

¡Cuántas noches pasó en larga vigilia,
Con ternura y amor, nó con despecho,
Inventando un hogar y una familia!

¡Cuántas veces, vejado y afligido,
Hundió su frente en el callado lecho,
Para ahogar el indómito gemido
Del corazón en lágrimas deshecho!

No encontró más consuelo á sus pesares,
Que llorar su orfandad y su indigencia
Arrodillado al pie de los altares,
Y pensar que estudiando con vehemencia,

Los timbres más gloriosos ganaría,
Y el mundo en él, al fin, perdonaría
El error de su incógnita ascendencia.

Y aquel sér de organismo tan precario,
Mas firme voluntad y juicio recto,
Fué pronto el estudiante predilecto,
El orgullo y la prez del Seminario.

Mas ¿quién enfrena la ambición humana?
¿Quién pone dique al temerario anhelo
De ese titán, que desde edad temprana,
Se obstina, iluso, en escalar el cielo?

Ya Vídvan estudiaba teología,
Cuando quedó abismado y confundido
Al ver, por vez primera, desmentido
Un principio, que axioma suponía.

Y afanoso buscó, mas nó alcanzaba
La unidad superior que concordaba
La oposición patente que veía.

Aquella fué revelación impía:
Espantosa sorpresa; ingrato duelo;
Noche de tempestad en que el piloto,
Amarrado al timón, y el timón roto,
Sólo encuentra en los mares y en el cielo,
Ronca tormenta que pavor infunde;
Niebla que aísla; nave que no boga;

Crujir de tablas; suelo que se hunde;
Frialdad que sube, y amargor que ahoga.

Y Vídvan emprendió contienda ruda,
Dentro del propio pecho, que desmaya,
Al ver cómo la fe se rinde muda,
Mientras atruena el campo de batalla,
Devastadora y fúnebre, la duda.

¡Con cuánto afán el pedestal seguro
Buscaba que acallase sus congojas,
Confortando su espíritu inseguro,
Cual débil yedra en desconchado muro
La grieta busca en que prender sus hojas!

¡Cuán doliente pesar lo atormentaba,
Cuando en el texto, que leyó á hurtadillas,
Su más firme argumento naufragaba,
Y en formas cuanto lógicas, sencillas,
Nueva y cruel revelación brotaba!

Al ver otros caminos en la ciencia,
Nó ya de sus antiguas convicciones,
Dudó, con la más lógica inferencia,
De quien dió á su flexible inteligencia
Torcidas ó falaces direcciones.

Y receloso, inquieto, ensimismado,
Esquivo ante el colega y el maestro,
Vagaba por los claustros, preocupado,
Aun más que enflaquecido, demacrado,

Y más que melancólico, siniestro;
Que si por sed, por hambre, ó privaciones,
La frágil trama corporal flaquea,
Causan más extremadas consunciones;
¡El hambre de esperanzas é ilusiones!
¡La fiebre delirante de la idea!

Una noche en que, extático, velaba,
Cual era su costumbre, analizando
Páginas que, á escondidas, consultaba,
Quedóse, de repente, meditando,
Como quien hondo lo aprendido graba.

Era el texto de cultos orientales
Que investigó con fruto y complacencia;
Y estudiando sus ritos capitales,
Descubrió y comprobó con insistencia,
Con natural asombro que se explica,
Que entre los budhas, *Vidvan* significa,
El que posee la verdadera ciencia.

«¿Fué esta palabra trozo de escritura
Que el azar deslizó entre mis pañales?
¿Fué intencionada predicción oscura,
Ó expresión de consejos paternales,

Ó acaso el talismán con que los males
Conjuraré la anónima criatura?
¿Quién su concepto misterioso explica?
Pero presiento y para mí es palmario,
Que Vídvan, que el saber, no significa,
Símbolo redentor que glorifica,
Sino el *Inri* afrentoso del Calvario.»
Y entre las manos escondió la frente,
En tanto que las páginas regaba
El llanto que el expósito inocente
Sobre su propio nombre derramaba.

II

Un mes transcurrido habría,
Cuando en los cielos, serena,
La impasible luna llena
Majestuosa subía.
Todo en Sevilla dormía:
Sólo, traviesa, velaba
La brisa, que susurraba
Pasando cien y cien veces,
Por los altos ajimeces
De la morisca alcazaba.

Junto á la margen del río
Silencioso y solitario,
Se alzaba del Seminario
El liso muro sombrío:
Prestábale bosque umbrío

Negro fondo de tristeza,
Y sin arte, ni belleza,
Semejaba la mansión,
Más que colegio, prisión:
Más que asilo, fortaleza.

En su anchuroso recinto,
En llano espacio cuadrado,
Se elevaba á cada lado
Y de trecho en trecho, un plinto;
En él, esbelto y distinto,
Redondo fuste se erguía;
Un capitel lo cubría,
Y encima, robusta arcada
Sustentaba remontada
La segunda galería.

La luna, que oblicuamente
Llegaba al patio andaluz,
Lo alumbraba con su luz
Y se miraba en la fuente:
Pero, discreta y prudente,
Mandaba su claridad
Con calculada equidad;

Manteniendo con cuidado,
Medio patio iluminado,
Y medio en la oscuridad.

De pronto, cual si surgiera
De las entrañas del muro,
Irguióse en el lado oscuro
Una forma que, ligera,
Cruzó el patio; la escalera
Rápidamente subió,
Y de allí á poco se oyó
Por la altiva galería,
El leve rumor que hacía
Cuando á una puerta llamó.

Quedó esta franca al momento:
Pasó Vídvan adelante,
Y, resuelto y anhelante,
Se internó en el aposento;
Brindóle el Rector asiento
Con dulzura y preferencia,
Y aquella nocturna audiencia
El maestro inauguró,

Y el discípulo escuchó
Con respeto y reverencia.

«Gracias Vídván; has venido
Defiriendo así al consejo
De este inútil pobre viejo
De quien eres tan querido.
¡Cuánto ayer me ha sorprendido
Tu sincera confesión!
¡Qué amarga revelación
Para quien cuenta sus años
Por los negros desengaños
Que lleva en el corazón!»

«Ni discuto, ni condeno:
Yo acato tus convicciones,
Y alabo tus intenciones
Que son las de un hombre bueno:
Sólo que yo, más sereno,
Cumpla un sagrado deber,
Haciéndote, Vídván, ver
Que es propio en la vida humana,
Regar con llanto mañana
Las decisiones de ayer.»

«Bien puede tu inexperiencia
Redoblar tu adversidad.
¿Quién libre de tempestad
Tuvo siempre su conciencia?
Vencer es la mayor ciencia.
¡Cuán gravemente me aflijo,
Cuando así te rindes, hijo,
En vez de auxilio impetrar,
Prosternándote á llorar
A los pies de un Crucifijo!»

Y aquel bondadoso anciano,
En cuya ajada mejilla
Suspensa lágrima brilla,
Los brazos abrió á su hermano:
Vidvan cogióle una mano
Que conmovido besó,
Y, cuando el llanto calmó
De su amigo la congoja,
Con dulzor que desenoja,
Estas palabras habló;

«¡Padre! ¡Con cuánta verdad
Puede daros este nombre,

Quien no conoció otro hombre
Que amparase su orfandad!
Mi mayor adversidad
Es separarme de vos;
Mas ¿quién puede de los dos
Contrarrestar mi destino?
¡El hombre es un peregrino
Cuya senda traza Dios!»

«Yo aquí siguiera, es verdad.
Mas quien de honrado blasona,
No envilece en su persona
A toda la Humanidad.
La ajena credulidad
Engañara con cinismo;
Mas ¿quién se engaña á sí mismo?
Aunque los ojos cerrara,
¿Cómo yo, Padre, ignorara
Mi mentira y mi egoismo?»

«¡Yo ungido! ¡yo celebrado
Simbólico sacrificio,
Y en religioso ejercicio,
Un pueblo á mis pies orando!

¡Yo en mis manos elevando
El signo de redención,
Sin piedad, ni fe, ni unción...!
¡Oh Dios! ¡la razón perdiera...
Ó de rodillas cayera,
Pidiendo al pueblo perdón...!»

«Era mi nido, mi puerto,
Este benéfico asilo,
Albergue aislado y tranquilo
De mi espíritu desierto.
Aquí soñaba inexperto
Una vida retirada,
Al estudio consagrada,
A cumplir la ley de Dios,
Y á rogar por mí, por vos,
Y por mi madre ignorada.»

«Mas tan grato porvenir
Exige en los corazones
Vocación y convicciones
Que no me puedo infundir.
¡Padre, es forzoso partir!
¡Mitigad tanta aflicción

Otorgándome perdón
Al dejar vuestro regazo,
Y dadme, con un abrazo,
La postrera bendición!»

.
.
.

No bien despertaba el día,
Cuando en el Betis undoso,
Las velas de un buque airoso
Próspero el céfiro henchía,
Vídvan, tenaz, emprendía
Su destierro voluntario,
Y un noble septuagenario,
De hermosa cabeza cana,
Lloraba en una ventana
Del vecino Seminario.

III

Tras larga navegación,
y nó sin terribles pruebas,
divisó Vídvan las costas
de la americana tierra.

Veinte y tres años de edad,
más de reflexión y penas,
y muchos menos de mundo,
de malicia y experiencia
contaba, cuando pisó
la dura playa extranjera.

Al mar arrojó las cartas,
tormento de su modestia,
que el cariñoso Rector
le escondió en la faltriquera,
y solo, inexperto y pobre,
entró en la ciudad inmensa,
tan marchito el corazón,
como erguida la cabeza.

Misero albergue malsano,
lecho humilde, frugal mesa,
muy pronto del expatriado
consumieron las haciendas,
y sin recursos, ni medio
de sostener su existencia,
vióse Vidvan acosado
por el hambre y la miseria.

Trabajo intelectual
no encontraba su impaciencia;
trabajo físico, al fin,
le hizo aceptar la pobreza.

Doloroso aprendizaje;
torpes palabras groseras;
escasa retribución;
progresivas exigencias;
un amo que fué criado,
y extenuativas faenas
en que padecen las carnes
mal nutridas y cubiertas,
soportó paciente Vídvan,
sin decaimiento ni queja;
sin maldecir irritado
las ingratas consecuencias

de su leal rectitud,
sinceridad y entereza.

Esclava su voluntad
de inverosímil empresa,
Vídvan ahorra, viviendo
con penuria tan extrema,
soportando privaciones,
y aniquilando sus fuerzas
con tanto tesón, que al año,
presa de grave dolencia,
y agotados los ahorros
que á tanta costa reuniera,
fué al hospital, en demanda
de refugio y asistencia.

Tres meses pasó en peligro:
meses de noches eternas
en que, dolor en los miembros,
delirio en la inteligencia,
todo reposo ahuyentaron
lacerándolo sin tregua

de tal modo, que otros tres
duró la convalecencia.

Y en éstos, ¡cuántas congojas,
cuántas reflexiones tétricas
su corazón oprimieron
y redoblaron sus penas!
¡Cuán vaga melancolía,
deseada, dulce, tierna,
de Vídvan se apoderaba,
cuando, en la hora postrera
del crepúsculo, veía,
por las ventanas abiertas,
la playa con sus espumas,
la azul extensión inmensa,
y en el remoto horizonte
la blanca latina vela,
destacándose en el límite
donde cielo y mar se encuentran!
¡Cuando aspiraba la brisa
flúida, saludable, fresca,
que llegaba hasta su lecho
como sutil mensajera
de arenas, algas, y conchas,
que descubrió la marea;
de corolas que se abrieron
para mirar las estrellas,

difundiendo en derredor
esas fragantes esencias,
que evocan en los que sufren
recuerdos de otras escenas,
aromas de otras regiones,
efluvios de otras tristezas,
presentimientos oscuros,
revelaciones supremas,
sentimiento indefinible
de aspiraciones eternas,
misteriosa conjunción
con madre naturaleza,
que oprime los corazones
las tardes de primavera!

¡Cuánta amargura sintió
al mirar sin extrañeza,
el mar, la ventana, el lecho,
llagas, dolor, indigencia,
la clínica por asilo,
la fiebre por compañera,
reproducción dolorosa
de la lejana vivienda,
de la adusta enfermería,
donde empezó su existencia,
despertó su pensamiento,
se inauguraron sus penas,

y murieron sus sonrisas,
y lloró por vez primera...!

Pero, al fin, restablecido,
lograron sus raras prendas,
su cultura no común,
su sencillez, su modestia,
y el influjo del doctor
que lo asistió en su dolencia,
un cargo en el hospital
propio de un hombre de letras,
de moderado trabajo
y lucida recompensa.

Veinte años allí Vídvan
pasó aumentando su hacienda;
viviendo como Spinoza
el filósofo viviera,
único medio posible
de futura independencia;
y en ellos ¡cómo aumentó
su instrucción, ya tan extensa,
penetrando en los dominios
de las biológicas ciencias!

Despachando velozmente
sus cotidianas tareas;
limitando su reposo,
y evitando, por sistema,
toda ocasión ó momento
de ociosidad ó pereza,
Vídvan, horas y más horas,
como infatigable atleta,
dedicaba á investigar
los más abstrusos problemas.

¡Cuánto gozaba encontrando
nuevos principios y sendas,
que nunca el seminarista
sospechara ó recorriera,
y en ellos, amplio horizonte,
fecundo en grandes ideas,
confortando su razón
y llevando á su conciencia
la luz que el exclusivismo
anatematiza ó niega!

¡Con qué placer completó
sus concepciones estrechas,

y concertó antagonismos,
derribó falsas barreras,
y abarcó maravillado,
todo el abismo que media
entre infalibles decretos,
y teorías hipotéticas;
entre el misterio insondable
y la indagación libérrima;
entre la abstracción y el hecho;
entre la forma y la esencia;
entre el verbo y la mordaza;
entre la lente y la venda!

¡Con qué afán investigó,
sobre las marmóreas piedras
del lúgubre anfiteatro
anatómico, las huellas
de las fuerzas que regulan
los orgánicos sistemas,
y cómo iluso buscó,
por glándulas y parénquimas,
la clave de los secretos
que al filósofo interesan;
el sagrario de la vida;
el fanal de la conciencia;
de la memoria el archivo;
del albedrío la cadena;

la ponzoña de los odios;
el claustro de la inocencia,
y el trono del egoísmo
y el desván de la pereza!

Mas si aumentó su saber
en científicas materias,
¡cuánto aprendió sorprendiendo
mil recónditas tragedias;
viendo, años y más años,
desfilar á su presencia,
y en toda su desnudez,
la humana corriente infecta
que sume en los hospitales
el dolor y la miseria!

¡Cuán amargo pesimismo,
qué conclusiones escépticas,
qué lúgubre sedimento
dejaron en su conciencia,
que pensando como sabia,
soñaba como poeta,
aquellos lechos sombríos
á donde vencidos llegan,

la senectud embotada;
la infancia que balbucea;
la víctima del trabajo;
la crapulosa ramera;
el operario y el prócer;
el vicio y la continencia;
todo mezclado y revuelto;
todo que confuso rueda
hasta el potro del dolor,
desde la corte ó la aldea,
desde la mina ó el foro,
desde el taller ó la Iglesia!

—
¡Cómo sintió el horror lúgubre
que en el ánimo fomentan,
el delirio en que el mendigo
narra pasadas grandezas,
quizás crímenes ocultos,
ó indignidades protervas;
el penetrante alarido
que arranca el que al mundo llega;
la inútil imprecación
del que habla lengua extranjera;
los lamentos del herido;
los ayes del que despierta;
los sollozos del que gime;
la rabia del que blasfema;



las carcajadas del loco;
las congojas de la histérica;
rechinamiento de dientes;
hipo agónico que cesa.....
sonoro estertor que acaba.....
brusco silencio que aterra.....!

—

Allí vió grandes virtudes
y repugnantes escenas;
allí juventud ajada
que pronta muerte desea;
criminales egoísmos;
espantosas confidencias;
sacrificios sin cronista;
resignaciones supremas:
escepticismos sinceros;
mutuo horror que desconcierta;
todo nacido al fragor
de la mundana contienda;
todo presa y alimento
de nauseabunda viruela;
de parálisis que anulan;
de ulceraciones que ciegan;
de la tisis consuntiva;
de la corrosiva lepra;
de cáncer inexorable;
de locura que enajena;

de suplicios que castigan
sin reposo ni clemencia;
sin más término anhelado
que la voraz epidemia,
el contagio que pulula,
la muerte que avanza y diezma,
la ciencia que retrocede,
y el féretro que al fin llega...!

—
¡Con qué pesar vió morir,
en la soledad más tétrica,
á aquella inocente niña
de hermosura tan espléndida
que al reclinarse en el lecho,
donde las Parcas la esperan,
y ocultar las almohadas
con sus bucles y sus trenzas,
trocó el lecho en pedestal
de animada estatua griega!

Sólo que luego, restando,
de aquélla intacta belleza,
lo que devoró la fiebre;
lo que consumió la dieta;
lo que amputó el bisturí;
lo que royó la gangrena;
lo que mutiló el cauterio;
lo que al análisis llevan;

lo que aniquiló la autopsia,
y lo que fué, como muestra,
al museo en que las llagas
de la Humanidad se enseñan,
de aquel cuerpo virginal
tan sólo un despojo queda;
una entraña desgarrada;
un corazón que gotea;
que envuelto en inmundo saco
desciende á ignorada huesa,
sin un recuerdo amoroso,
sin sufragio, sin exequias,
sin séquitos enlutados,
ni oración apologética,
ni artísticos mausoleos,
ni inscripciones lastimeras,
ni tañido de campanas,
ni corona de azucenas;
sin una voz que murmure;
«¡blanda esta tierra le sea!»
¡esa tierra á cuyo polvo,
no más lágrimas se mezclan,
que las gotas de rocío
lloradas por las estrellas!

—
¡Cuán aflictiva enseñanza,
desconsoladora escuela,

y ensangrentadas lecciones
que en dolor el pecho anegan!
¡Cuántas veces sintió Vídvan,
velando á la cabecera
de un lecho, donde expiraba
la desgracia ó la inocencia,
rodar lágrimas de fuego
por sus mejillas austeras;
su corazón oprimirse
con la angustia más intensa,
y al apagarse la lámpara
que brillaba con luz ética,
¡ay! cuántas noches, de hinojos,
invocó á la Providencia,
y preguntó si eran justas
tantas rígidas cadenas,
suplicios tan implacables,
expiaciones tan tremendas,.....
y el eco del Seminario,
sus doctrinas lisonjeras,
sus salvaciones futuras,
sus redentoras promesas,
las radiantes claridades
de sus luces halagüeñas,
atravesaron las sombras
que el seno de Vídvan llenan,
apareciendo en sus labios
con profética elocuencia,
y consoló al moribundo,
le inspiró esperanzas ciertas,

paradisiacas visiones,
le hizo ver glorias eternas,
inexcrutables designios,
misericordias supremas,.....
le hizo la muerte tan dulce,
que al tocar su frente yerta,
Vídvan gimiendo exclamaba:
¡Oh fe, quién te poseyera..!

¡Con qué paternal esmero,
con cuánta delicadeza
trató á aquel adolescente,
de simpática presencia,
de varonil hermosura,
hijo de andaluza tierra,
expósito como Vídvan,
y de vida aventurera!

Paseaba éste una tarde
rebuscando entre la arena
de la playa, conchas, algas,
y raras especies nuevas,
con que sumar ejemplares
á su colección inmensa,
cuando llegó á sus oídos
angustiada breve queja,
como lamento de un náufrago,
que urgente socorro impetra.

El filósofo que á orillas
del Atlántico naciera;
que en sus aguas encontró
salud, desarrollo y fuerzas,
y que gran nadador fué
desde su infancia primera,
no bien escuchó el quejido,
cuando con maña y viveza,
desnudóse, y á las olas
se arrojó bravo y alerta.

Hundiéndose en el lugar
en que el agua se ensangrienta,
pronto encontró al que, sin Vídvan,
ignorado sucumbiera,
y á la playa lo condujo
con habilidad experta.

De algún voraz tiburón,
sin duda la herida era
que al cuitado adolescente
dislaceraba una pierna,
y anublados los sentidos,
la respiración suspensa,
expirante el infeliz,
fuera del agua muriera,
si activa no interviniese
de Vídvan la diligencia,
que lo hizo al fin respirar,
cohibió la hemorragia intensa,
y de este modo, tres veces
salvó al joven la existencia.

Trasladado al hospital,
la vigilante tutela
de Vídvan; su cariñosa
y extremada preferencia,
no faltó al adolescente,
á quien protege y alienta.

Era el herido un pilluelo,
sobresaliente en la escuela
de la vagancia y el vicio,
que desde española tierra,
con nómada caravana,
llegó errabundo hasta América;
y era su voz tan melosa,
tan singular su belleza,
su trato tan seductor,
y su intención tan perversa,
que encerrando en un vocablo
tantas eminentes prendas,
lo apellidaron «Luzbel»
las gentes de su ralea.

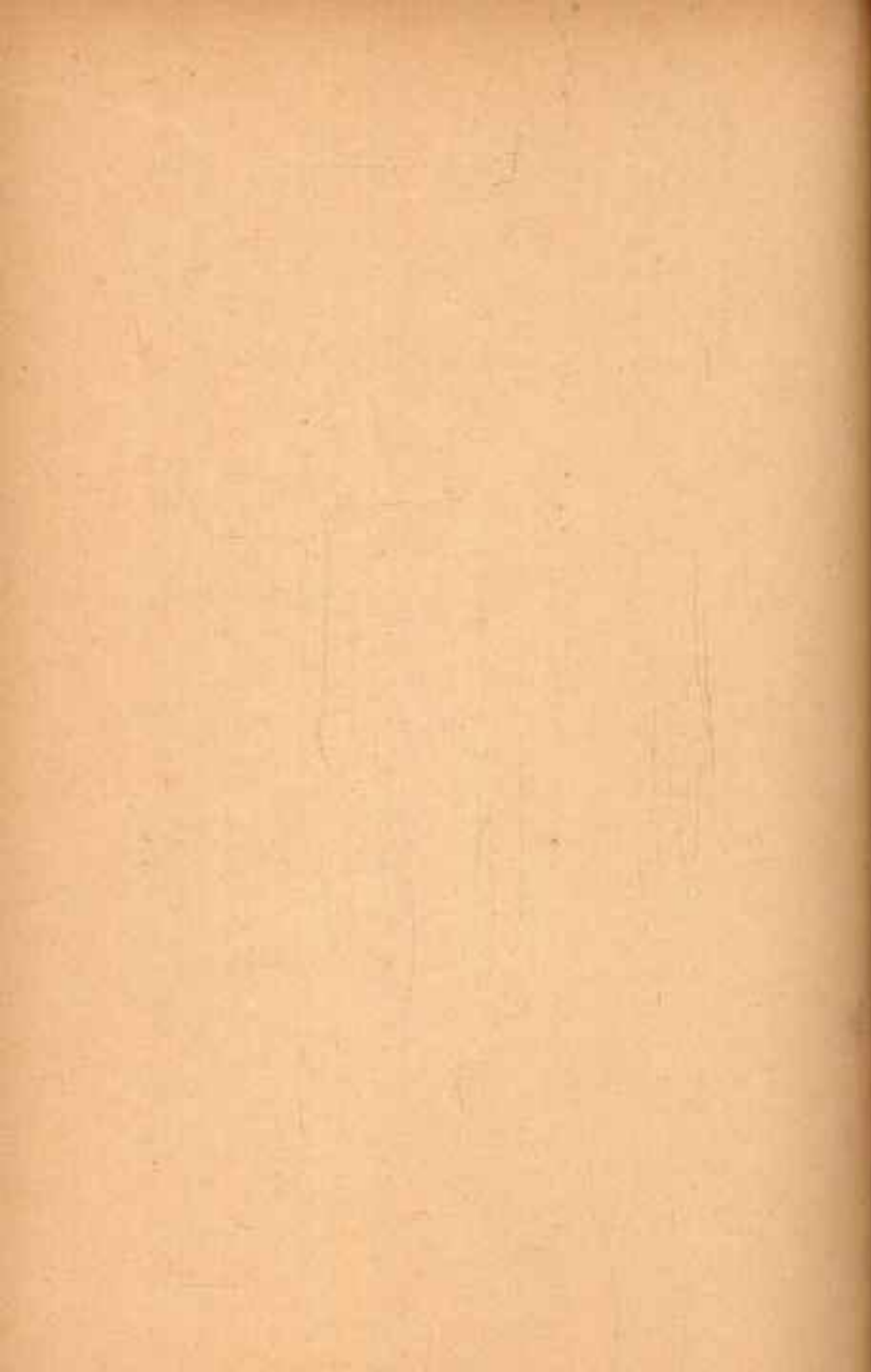
¡Con cuánta solicitud
lo distrajo en su dolencia,
y con cuánta abnègación
le enseñó primeras letras!

¡Cuán misterioso atractivo,
qué incalificable influencia,
sobre Vídvan, ejercían,
la palabra picaresca,
la ingenuidad maliciosa
y las doctrinas excépticas

del imberbe, cuyo origen
el suyo propio recuerda!
¡Oh! fué Vidvan para él
salvador, maestro, égida,
padre, amigo que le dió,
con inaudita largueza,
los recursos necesarios
para que á España volviera,
y entre amorosos consejos
y nó sin lágrimas tiernas,
sumiso al afán que el joven
en repatriarse demuestra,
despidióse de él, hablándole
de honor, trabajo y pureza.

Muchos rasgos semejantes
disminuyeron su hacienda;
mas, venciendo con tesón
sus generosas tendencias,
reunió al fin una fortuna
suficiente, casi espléndida,
que duplicarse debía
al pisar hispana tierra,
y con ella; con el rico
museo que su persistencia
formó de ejemplares raros;
su escogida biblioteca;

sus pensamientos sombríos;
sus pesimistas ideas
y sus luchas interiores,
tras veinte años de ausencia,
volvió Vídvan á pisar
las costas en que naciera.



IV

Apenas consiguió Vidvan
su nunca extinguido anhelo
de habitar el patrio suelo
supo con vivo dolor,
 que, pasados pocos días
de comenzada su ausencia,
sucumbió á grave dolencia
su inolvidable Rector.

Si visitó cariñoso
á compañeros y amigos,
que un tiempo fueron testigos
de su brusca expatriación,
 los ya graves sacerdotes
vieron al recién llegado,

con recelo ó desagrado,
con frialdad ó repulsión.

Recogidos estos frutos
de su proceder honroso,
renunció al trato enojoso
de la injusta sociedad,
y acordó enterrarse en vida,
en un caserón alzado
en arrabal apartado
de la hispalense ciudad.

Allí las conchas y piedras,
los fósiles y esqueletos,
los ídolos y amuletos,
que en América reunió,
sumó con los manuscritos,
las monedas y pinturas,
las medallas y esculturas,
que poco á poco adquirió.

El jardín alegre y amplio
de la casa que habitaba,
cuidadoso fomentaba
con asidua actividad,
y cultivando sus flores,
su biblioteca y museo,
daba á las horas empleo,
compaña á su soledad.

Y cuando en lúgubre noche
rugiendo el trueno pasaba,
y el granizo resonaba
chocando con el cristal,
absorto en su estudio Vídvan,
en alas del pensamiento,
surcaba con ardimiento
la esfera de lo ideal.

Así de Hegel la Idea;
de Condillac el Sensualismo;
de Balmes el Cristianismo;
la Experiencia de Bacon;
la Sustancia de Spinoza;
de Fichte el Subjetivismo;

de Comte el Positivismo,
y la Idea de Platón;

De Schopenhauer y Hartmann
la Voluntá y lo Inconsciente;
de Spencer el ascendente
progreso y la Evolución;
y de Krause la Armonía,
y de Kant el Criticismo,
y de Leibnitz el Monismo,
profundamente estudió.

Él de Luys conocía
las bellas indagaciones;
las provechosas lecciones
de Schiff, Delbœuf y Bernard;
todas las obras de Herzen;
cuanto Bain y Wundt dijeron,
y las ideas que expusieron
los Ludwig y Bronw-Sequard.



Y acrisolando el estudio
de tanta fisiología,
la seductora teoría
en la experiencia afirmó,
y con instrumentos varios
y adecuados animales,
de los puntos capitales
las verdades comprobó.

Lamarck, Darwin y otros sabios
que, con rara inteligencia,
al hombre dan ascendencia
que el hombre tiende á rehusar,
motivaron igualmente
sus sesudas reflexiones,
y sus grandes sugestiones
de creer y de dudar.

Y estudiando asiduamente
á Quatrefages, Perthes, Broca,
el pétreo fósil, la roca,
á Bourgeois y á Mortillet,
encontró en el polvo escrita
esa triste historia humana,

en cuyos hechos se hermanan
orgullo con pequeñez.

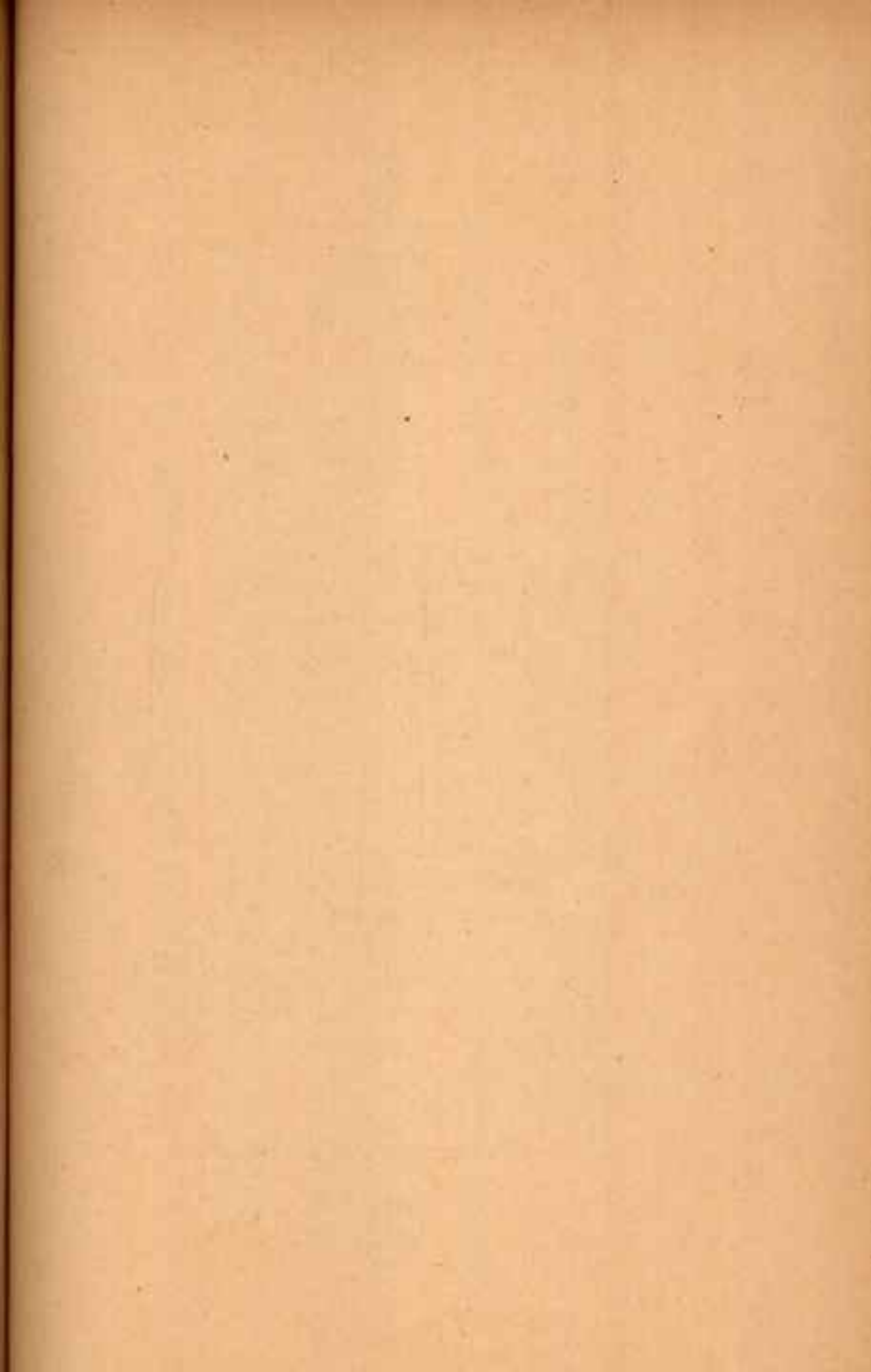
—

Cual la noche en que loimos
en su retiro estudiando,
y de la vida llorando
la incertidumbre y el mal,
así otras muchas pasaba
ensimismado, ó atento
á exquisito experimento
de importancia capital.

—

Y finalmente, tenía,
con más de cuarenta años,
infinitos desengaños
y una inmensa erudición,
que no alcanzaba á explicarle
por qué afirma el sentimiento;
por qué niega el pensamiento;
por qué llora el corazón.

FIN DEL CANTO SEGUNDO



VÍDVAN

CANTO TERCERO

I

Tres inviernos han pasado
desde que, con vivo afán,
regresó el seminarista
al querido país natal,
y dos años de la noche
en que le oímos llorar
la indecisión y las dudas
que afligen á nuestra Edad.

Con melancólico acento,
con perezoso compás,
da las once de la noche
la grandiosa Catedral,
mientras, absorto en su estudio,
Vídván silencioso está,

ante su mesa sentado,
y en su salón sin igual.

Deja todos los balcones
abiertos de par en par,
y por ellos, libremente,
la brisa primaveral,
saturada de fragancias
entra con tal suavidad,
que no mece una cortina,
ni los flecos de un sofá,
ni hostiliza los papeles,
ni hace la luz oscilar.

Vídván, que insaciable apura
de la ciencia el manantial,
hoy escudriña celoso
por qué, tanto molestar,
al hombre, ser tan sociable,
le causa la sociedad;
por qué razones es ésta,
para el osado y brutal,
cual corriente favorable,
sin tregua, ni tempestad,
que conduce sus bajeles
á puertos de bienestar,
y para el sabio y el bueno,
como torrente fatal
y adverso, que neutraliza
su esfuerzo para avanzar;
y cuando ingenuo protesta
de la ceguera social,

que proclamando justicia,
predicando caridad,
desconoce la modestia,
erige estatua al procaz,
al hipócrita protege,
y adora al áureo metal;
cuando recorre los fastos
de la historia secular
y ve, estudiando los tiempos,
que siempre la Humanidad
desoyó toda advertencia
y manchó todo ideal;
cuando así discurre Vídvan;
cuando lo asalta, quizás,
el generoso deseo
de lanzarse á divulgar
consoladoras doctrinas
de viril austeridad,
de repente, una voz célica,
un cántico angelical,
lo suspende y lo extasía
con tanta tenacidad,
que aquella mente volcánica
súbito empieza á idear,
si es la voz de la justicia,
la que oye en la inmensidad,
conjurándolo á cumplir
empresa tan colosal.

El cántico sigue: Vídvan
mudo, inmoble, á respirar

se atreve apenas: encuentra
que en aquellas notas va
la expresión más genuina,
la encarnación musical
del sentimiento, que en él
inspira la realidad;
y aquel noble soñador,
aquel espíritu audaz,
con deliquios de sibila,
con pasión de *lo inmortal*;
que en arrebató profético
quiere el futuro evocar,
y á las puertas del pasado
mira llorando hacia atrás;
antítesis de sí mismo;
verdugo de su ideal;
inestable arena en sentir,
y roca en el meditar;
resumen de los tormentos
de toda la Humanidad,
siente un nudo en su garganta
y sus párpados llorar,
cuando rompe de la noche
el silencio sepulcral,
aquel patético acento
que canta y gime á la par,
y dice con Stradella:
«¡Pietà, Signore, pietá!»

Cesa el canto: sale Vídvan
de su abstracción maquinal,
é impulsado por rebelde
y ansiosa curiosidad,
la luz apaga y se asoma
á un ancho balcón, que dá
al huerto á que también miran
otros de la vecindad;
y, tras la copa de un árbol
que comienza á retoñar,
ve frente á frente una casa
que nadie habitó jamás;
abierto balcón que atrae
por su brillo singular;
el interior aposento,
y en él, mujer ó deidad,
que acompaña con un arpa
su cántico celestial;
y tomando unos gemelos
escudriña con afán,
y ya, perfecto y distinto,
mira el compendio ejemplar,
el arquetipo animado
de la belleza total;
la juventud, y la vida;
la gracia, y la majestad;
el espíritu, y la carne;
lo místico, y lo sensual;
en cuerpo de Venus griega,
bizantina virgen faz;

sobrehumana concepción,
epopeya escultural,
con base de paganismo
y nimbo de cristiandad.

Vídván apenas respira;
duda, si soñando está,
cuando otra voz más lejana,
con énfasis de llamar,
dice «¿Eva?» que respuesta
monosilábica da,
y apaga la luz, dejando
la sala en oscuridad;
mientras el sabio murmura
en expansión natural;
«¡Eva!» ¡Hasta el nombre es sublime!
Eva se debe llamar;
¡Eva! ¡vida! ¡sol! ¡lucero!
¡luz! ¡calor! ¡fecundidad!
que á su lado será el mundo
paraíso terrenal,
y ha de ser por su hermosura
y soberano ademán,
la madre de otro linaje,
mejor que la Humanidad.

II

De tan grata aparición
un mes ha pasado ya,
y en él apenas si puede
Vídvan tranquilo estudiar.

Revuelve su biblioteca,
y ni historia natural,
ni económicas cuestiones,
ni cronicón secular,
ni ciencia especulativa,
ni novela mundanal,
encadenan su atención,
aquella atención tenaz
que otro tiempo no turbaban
el trueno, ni el huracán.

Hoy abre revista ó libro;
lee una página ó más;
quedan sus ojos mirando
algún vocablo trivial
que pronto se desvanece,

y aparece en su lugar
una imagen de mujer,
que reproduce veraz,
con sus blancas vestiduras
y su noble dignidad,
la figura seductora
de aquella Eva sin par.

Y al verla distintamente,
da el corazón vuelco tal,
que Vídvan torna de súbito
á la triste realidad;
recomienza la lectura
dos páginas más atrás;
reconviene mentalmente
su extraña fragilidad,
y, no pudiendo vencer
tentación tan contumaz,
se levanta, y de puntillas,
para no oirse quizás,
encorvado sin objeto,
va al balcón á inspeccionar
si la adorable vecina
visible en el suyo está.

Y no la encuentra, y entonces,
girando con suavidad,
mira en torno, cual si hubiese
quien lo pudiera observar,
y regresa á su sillón
fingiendo tranquilidad.

Un mueble, que nunca tuvo,
ha enriquecido el ajuar
de aquel sér despreocupado,
que no se cuidó jamás
de contemplar su talante,
ni acicalarse la faz.

Y hoy, delante de un espejo,
se ha detenido á mirar
su persona, y ha observado,
que el trabajo corporal,
el cultivo de su huerto,
que á nadie quiso fiar,
diariamente practicado,
le ha impreso virilidad,
y ha puesto sobre *mens sana*,
corpore sano además,
donde no se advierten huellas
de su antigua enfermedad.

Y con sus cuarenta largos
que guió extricta moral,
libre de excesos y vicios,
sin más pasión que estudiar,
si no es bello, como Apolo,
ni fuerte, como un titán,
tampoco padece achaques,
ni representa su edad.

III

El sabio austero y sombrío
Descuidó sus aficiones;
Tuvo insomnios, distracciones,
Sintió ante el libro desvío;
Mas en medio de este hastío,
Descendió de su abstracción,
Prestó al mundo la atención
A la realidad debida,
Y experimentó su vida
Visible transformación.

Tan extraña inconsecuencia
No se ocultó á su talento,
Que desenvolviendo atento
Los pliegues de su conciencia,
Descubrió pronto la influencia

Que trastornaba su estado;
No lo hubiera sospechado,
Ni le encajaba en la mente;
Mas era verdad patente
Que se hallaba enamorado.

—
La irresistible atracción
Que vibra en el mineral,
Florece en el vegetal,
Palpita en el corazón,
Y preside en la Creación
A cuanto alienta y germina,
Con su calor pègrina
Y su potente latido,
En el pecho sorprendido
Del filósofo domina.

—
Cumplir los cuarenta años;
Conocer sólo rigores
De la desgracia, dolores,
Proscripción y desengaños;
Los cien tormentos extraños
Que el sabio en su afán padece;
Sostener que nada ofrece

De bello ni amable el mundo,
Y ver sólo, gemebundo,
Lo que se queja y perece;

Fortificar la creencia
En tan fatal sufrimiento,
Buscándole fundamento
En principios de la ciencia;
Circunscribir la existencia,
Sumido en la soledad,
A sondar la intensidad
De esta ley adversa y dura,
Que, inexorable, tortura
A la pobre Humanidad,

Y descubrir, de repente,
Enfrente de su balcón,
Virginal aparición
Que tantos males desmiente,
Bosquejando francamente
Venturosos ideales,
Son cambios tan radicales,
Que parecen traslación

De este mundo á una mansión
De regiones celestiales.

Las potencias embotadas
De Vídván indiferente
Despertaron briosamente
Por el amor conjuradas,
Y las fuerzas concentradas
Del juicio y la razón,
Toda la enérgica acción
De que el pensador dispuso,
Todo al servicio se puso
De la creciente pasión.

No es precisa cualidad
De los seres animados,
Filosofar preocupados
Por la ciencia y la verdad:
Ni aun toda la Humanidad
Comprende esta aspiración;
Pero es fatal condición,
Por todo el mundo esparcida,

Dar á nuevos seres vida
Con grata fecundación.

Así, si la especie humana
No tuviera más talento
Que el de buscar el sustento
Como la hormiga ó la rana,
Voraz, fecunda y liviana,
Centurias perduraría;
Mas, si rara anomalía
Sus órganos pervirtiera,
Y el amor desapareciera...,
La Humanidad moriría.

Por eso, en el pecho ansioso
Del filósofo aplicado,
Quedó pronto avasallado
El sentimiento estudioso,
Que, ante el amor imperioso,
Postergado sucumbió;
Porque el hombre no nació
Para estudiar y escribir;

Sin ciencia, puede vivir;
Pero sin amores, nó.

Aquel pensador experto,
Que esforzado acometía
De abstrusa filosofía
El problema más incierto,
Tras el balcón entreabierto
Atisbaba, para ver,
A hurtadillas, la mujer,
Que, al par que violento amor,
Inspirábale un temor,
Imposible de vencer.

Y mientras más la veía,
Y sus cantos escuchaba,
Y sus gracias admiraba,
Más su entusiasmo crecía:
Más el sabio enloquecía,
Por su pasión exaltado,
Por su temor refrenado,
Presa de angustia indecible,

De un afán indefinible
Jamás experimentado.

Preciso fué que el azar,
Con discreta intervención,
Proporcionase ocasión
De saludarse y hablar,
Para el silencio ahuyentar,
Y vencer la timidez
De Vidvan, que cada vez,
Más encogido y turbado,
Hubiera la vida dado
Por sentir intrepidez.

Cierta mañana, impaciente,
Escondido en su aposento,
Expiaba el movimiento
De los balcones de enfrente,
Cuando de uno, de repente,
Parte un grito de sorpresa;
Ve un canario que atraviesa
El balcón por donde huía;

Y á Eva que pretendía
Hacer del prófugo presa.

—
El canario, emancipado
De su jaula y de su dueña,
Sobre la copa risueña
De una magnolia posado,
Trinaba cantando osado
Su antigua cautividad,
Y con cínica crueldad,
Frente á Eva que lloraba,
Irreverente entonaba
Un himno á la libertad.

—
Con impulso irreflexivo
Vídván también se asomó,
Y bien pronto comprendió
La audacia del fugitivo;
Pero, previsor y activo,
En sus balcones expuso,
Nó sin alarde profuso,
Las jaulas de sus canarios,

Por si sus arpeggios varios
Atrajeran al recluso.

Eva, viendo la intención
De aquella solicitud,
Henchida de gratitud,
Miraba la operación,
Y candorosa oración
Mentalmente murmuraba,
Por cuyo influjo esperaba
Regresase á su regazo,
Aquel querido pedazo,
Del corazón, que volaba.

Pero pasaban las horas,
Y el canario revoltoso,
Con su vuelo veleidoso,
Y sus frases seductoras,
Y sus endechas canoras,
Alborotaba el jardín,
Y del naranjo al jazmín,
De la magnolia á la palma,

Ni daba á su cuerpo calma,
Ni á la ansiedad de Eva fin.

Eva y Vídvan dominados
Por la misma aspiración,
Con ansiosa expectación
Contemplábanse callados;
Mas los ojos extasiados
Del sabio perpetuaban
Las miradas, y lanzaban
Vivos destellos de amor,
Que con visible rubor
Los de la niña esquivaban.

No gorjea el ruiseñor,
Ni el áura leda suspira,
Ni emite sonos la lira,
Ni cantos el trovador,
Con eco más seductor
Que el de Eva repentino,
Cuando vió al pájaro indino
En los aires levantarse,

Y, derecho, ir á posarse
A un balcón de su vecino.

Éste, que ansioso aguardaba
La venturosa ocasión
De consumir la prisión
Con cuyo premio soñaba,
Apenas, como anhelaba,
El agua el canario vió
Y para beberla entró
Hasta un rincón apartado,
Cerró el balcón y apresado
El insurgente quedó.

Poco después, devolvía
Vidvan mismo, tembloroso,
Al bendito revoltoso
Que en linda jaula volvía;
Y Eva, trémula, acogía
Al liviano calavera
Que, inocentemente, fuera
La novelesca ocasión

De aquella presentación
Tan natural y sincera.

El sabio no consiguió
Dormir en toda la noche.
¡Cuán abundoso derroche
De ilusiones concibió!
¡Cómo, admirado, evocó
La sencilla ingenuidad,
La modesta dignidad,
La hermosura refinada
Y la expresión reposada
De aquella rara beldad!

También el sueño turbó
De la dama el personaje,
Cuyo furtivo espionaje
Desde un principio observó.
¡Con qué gusto recibió
Un clavel rojo, enviado
Para adornar su tocado,
Y un ramo agreste y sencillo,

De jaramago amarillo,
Al canario destinado!

—

Con breve paso ligero
Fué al balcón aquella hurí,
Para dar gracias por sí
Y á nombre del prisionero,
Al galante caballero,
Que, firme al pie del balcón,
Aprovechó la ocasión
Para hablar de aves y tiestos,
Improvisados pretextos
De larga conversación.

—

A la otra tarde también
La madre de Eva asomóse,
Y en familia discurrióse
Acerca del mal y el bien;
Y Eva se dió el parabién
Al ver, llena de contento,
Que al nuevo conocimiento
Distingúan, la instrucción,

La más cortés atención,
La modestia y el talento.

Rápido el tiempo corría
Y, á diario, la pareja
Al través de antigua reja
Que sobre el jardín caía,
De música y de poesía,
De flores y de pintura,
De amena literatura
Se ocupaba extensamente,
Admirando mutuamente
La sensatez y cordura.

Sucesivas conferencias
Pronto dieron ocasión
Para hablar de religión,
De doctrinas y creencias;
Y Eva, al sacar consecuencias,
Dedujo el excepticismo,
Que en medio de su idealismo,
Dominaba al desdichado,

Que, por la ciencia exaltado,
Dudaba hasta de sí mismo.

Vidvan, fogoso poeta,
Unos versos escribió,
Que á la doncella leyó
Con clara intención discreta;
Y fué su dicha completa
Cuando ésta dijo al momento,
Que el mayor merecimiento
Posible en la Humanidad,
La más alta cualidad
Del varón, era el talento.

¡Oh alentadora respuesta!
Por ella Vidvan proclama
Que su autora era una dama,
Por sus anhelos, modesta;
Por sus instintos, honesta;
Por su instrucción, proverbial;
Por su alma, angelical;
Por su bondad, virtuosa;

Por su hermosura, una diosa,
Y por todo, su ideal.

—

Y se amaron locamente,
Y su amor se confesaron,
Y á su pasión se entregaron
Con entusiasmo creciente.
La madre de Eva, indulgente,
Accedió á los ruegos de él,
Y aun brindó casa y verjel
Que en Castilblanco tenía,
En la cual transcurriría
La hermosa luna de miel.

—

¡Qué extraña felicidad
Al filósofo inundaba
Cuando, absorto, contemplaba,
De su adorada deidad,
La impoluta idealidad,
La inmaculada intención,
La suprema perfección
De aquel sér, que canta y reza,

Todo candor y pureza
Y mística inclinación!

¡Qué cambio tan radical
En la vida se produjo
De Vídvan, bajo el influjo
De su pasión capital!
No hay ya principio esencial,
Ni estudio que le conmueva;
Ninguna ciencia renueva
Su anhelo de pensador;
¡No hay más ciencia que el amor,
Ni más lógica que Eva!

Que cambian las convicciones,
Y el argumento flaquea,
Y se transforma la idea,
Y surgen supersticiones,
Si cambian las afecciones;
Que en el hombre la razón
Poco puede; el corazón
Es el que piensa y quien manda,

Y, según su arbitrio, anda
La tornátil reflexión.

Eva y Vídvan se casaron,
Y sin demora subieron
Al coche donde partieron
Al edén que les brindaron.
¡Con qué gozo saludaron
La aurora del nuevo día,
Que con su fulgor barría
La nube de fatalismo
Y el fúnebre pesimismo
Que á Vídvan entristecía!

IV

Es la serena celestial mañana
De uno de aquellos azulados días,
Que brillan sólo en los elíseos valles
De la ardiente y feraz Andalucía.

Por la sierra gentil de Castilblanco,
Por sus cerros, cañadas y colinas,
Desciende virginal la Primavera,
Calor radiando, y difundiendo vida,
Y á su paso, se alfombran los senderos;
Las praderas, de césped se tapizan;
Se revisten de ricas esmeraldas
Los brotes de las drúidicas encinas;
Los graves troncos de los viejos robles
Con muérdago severos se atavían;
Adornan los portales de las grutas
Cortinajes de rojas campanillas;
Penden allá de inaccesibles nidos
Colgaduras de yedra y minutisas,
Y por ver á deidad tan hechicera,

Los dormidos retoños se espabilan;
Se yerguen los curiosos mirasoles;
Los infantiles yástagos se empinan;
Se elevan en la margen del arroyo
Los juncos que recaman sus orillas;
A los esbeltos talles de las palmas
Las madreselvas trepan atrevidas,
Y la ven desfilar majestuosa,
Al frente de gallarda comitiva
Donde figuran, trébol venturoso,
Tiernos narcisos, ásperas ortigas,
Fragante resedá, silvestre espliego,
Cortejo de elegantes margaritas,
Legiones de coquetas amapolas,
Muchedumbre de rústicas espigas,
Y cupidillos, sílfides y gnomos,
Que susurran, requiebran y suspiran.

¡Cuál se animan y bullen á su influjo,
Tímidos ciervos, tórtolas esquivas,
Pardos reptiles, ágiles ovejas,
Moscas doradas, zánganas avispas,
Zorros astutos, cándidos corderos,
Verdes orugas, sórdidas hormigas,
Giróvagas fluctuantes mariposas,
Africanas viajeras golondrinas,
Cigüeñas que en los aires se adormecen,

Leves abejas que zumbando liban,
Y sutiles arañas, cuya seda,
Como un rayo de luz, flota en la brisa!

Cuando sale de umbrosas espesuras
El aura saludable y odorífera,
Y jugando traviesa con el céfiro
Por laderas y faldas se deslizan,
Con los murmurios que recogen, forman
Concierto epitalámico en que vibran
Tiernos reclamos, élitros silbantes,
Dulces balidos, plumas que se erizan,
Blando arrullar, convulsos aleteos,
Besos canoros, íntimas caricias,
Todo el himno nupcial con que Natura
Ama, corteja, enlaza y multiplica,
Y al abrazarse Primavera y Eros,
Fauna y flora propagan y eternizan.

Y es cada gruta, camarín de amores;
Y es cada rama, tálamo que oscila;
Cada pétalo, lúbrica bacante;
Cada corola, un fauno que suspira;
Cada queja, una virgen desflorada;

Cada trino, una Aspasia conseguida;
Cada roce, Friné que se desnuda,
Ó Faón que venció Safo lasciva;
Y es paraíso erótico la sierra,
Poblado de insaciables Mesalinas;
Saturnal de las fuerzas naturales;
Desenfrenada incestuosa orgía,
Donde sin casta honestidad estéril,
Al conjuro de leyes infinitas,
Aves, insectos, plantas, y reptiles,
Olas de pólen fecundante ansían,
Por los rayos de Apolo enardecidos,
Y embriagados por Venus Afrodita.

V

Ondula en tan risueño panorama
Sinuosa carretera de Sevilla,
Y en ella una anticuada diligencia,
Que corre torpemente, se divisa.

No muestra al exterior más pasajero
Que el mayoral anciano que la guía,
Y va, en el interior, sólo ocupada
La reducida clásica berlina,
Donde ya, su ideal casi tocando,
Venturosos se acercan Eva y Vidvan
Á la campestre próxima morada,
Templo y refugio de su inmensa dicha.

¡Con qué gusto contemplan el paisaje
Que se cambia versátil á su vista,
Pero siempre cuajado de verdores,

Y de corolas blancas y políomas,
Que la artística luz del firmamento
Con irisado resplandor matiza!

¡Con qué júbilo absorben las esencias
De la atmósfera etérea y cristalina,
Que difunde en el pecho y las entrañas
Un aroma vital que vigoriza,
Balsámicas fragancias que enardecen,
Y un hálito sensual que vivifica....!

¡Con qué anhelo vibraban al unísono
De la feraz naturaleza tibia,
Que en su cálido seno rumoroso
Con pomposa expansión los envolvía...!

¡Cuánto gozo en aquellos corazones!
¡Cón qué fruición consideraba Vídvan,
La primorosa perspectiva ambiente;
El derroche de luz que la encendía;
La transparencia diáfana del cielo;
La hermosura de Eva peregrina;
Los goces del amor desconocidos;
Los felices ensueños que realiza;
La Creación cooperando á su ventura...!

¡Qué pronto su fogosa fantasía
Se remontó, entreviendo en lontananza,
Lisonjeras ficciones optimistas;
Armoniosas escenas conyugales;

Delicias del hogar; santa familia;
Fructífera labor; vejez serena;
Muerte ejemplar; memoria bendecida...!
Y pensó que el dolor no era perenne;
Ni implacables el mal y la injusticia;
Ni el humano linaje tan perverso;
Ni tan honda y perpetua su desdicha,
Y abominó su negro pesimismo;
Tildó de calumniosas sus teorías;
Levantó hasta los cielos su mirada
De fervorosa gratitud henchida,
Y bendijo á la ignota Providencia
Que un porvenir compensador le abría;
Y al salir de su extático embeleso,
Vió á su novia tan cerca, y tan guapísima,
Que, por transporte súbito exaltado,
Pisó, al fin, los umbrales de la dicha,
Dando á Eva el primer beso amoroso
Que la casta doncella recibía.

Y á la par, se detuvo el carruaje.
Abalanzóse al ventanillo Vídvan,
Y vió un grupo de hombres á caballo,
Que ante el coche, á su paso se oponían,
Mientras otro jinete, hacia el cochero,
Con altivo ademán se dirigía.
¡Con qué horror comprendió que aquella gente

De bandoleros era una cuadrilla,
Y sintió que sus ojos se nublaban,
Considerando situación tan crítica,
En que era infructuosa toda lucha,
Toda temeridad y bazarria,...!
Y de cólera y rabia exasperado,
La demudada faz trémula y lívida,
Asomó, y al más próximo gñete,
—¿Quién es?—le preguntó ciego de ira.
—¡Sabio Doctor!—clamó el interpelado
Con benévola y plácida sonrisa,
—¿No me conoce?—y de estupor atónito,
—Adiós ¡caro Luzbel!—contestó Vídvan,
Alargando la mano al foragido,
Que inclinado en lo alto de la silla,
La estrechó distraído, escudriñando
Si alguna otra persona en la berlina
Iba junto al Doctor, que inútilmente
Con su cuerpo ocultarla pretendía.
—¿Me recuerdas, Luzbel?

—¡Pues ya lo creo!

Hay personas, Doctor, que no se olvidan;
Y usted por estos campos, á esta hora,
¿A dónde bueno, amigo, se encamina?
—No voy muy lejos.

—Lo que no va es solo;

¡Qué modo de viajar! ¡qué compañía!

Dígale que se apee, y la veremos.

—Es mi mujer.

—Mujer ó concubina,



Ni el propio rey de España se pasea
Con una hembra tan graciosa y linda.

En estos vericuetos, donde sólo
Mi real voluntad manda y domina,
No vemos más que lobos, y gitanos,
Arrieros, y chusma parecida;
Pero jamás topamos con mujeres,
Y menos, tan lozanas y bonitas.
—Nos interesa caminar...

—Comprendo...

Comprendo bien tan apremiante prisa;
Mas antes de seguir, Doctor querido,
Es forzoso que explique á mi partida,
Por qué el rey de estos campos lo perdona
Y ni caudal, ni libertad, le quita.

—Y el capitán contó á sus compañeros
Cómo la vida, y la salud debía,
Y dinero y consejos, á aquel hombre,
Que fué su salvador en las Antillas.

Ya más tranquilo Vídvan escuchaba,
Cuando Luzbel, al terminar, decía:
—Á cambio de exención tan generosa,
Que á mis amigos de sus gajes priva,
Yo pido únicamente que esta joven,
Á mi leal renuncia agradecida,
Me deje dar, como recuerdo, un beso

En esos labios de color de únda.

—¡Piensa Luzbel!...

—*Ya pienso en lo sabroso*

Que ha de ser ese aliento de ambrosía...

—Óyeme, ingrato; acabo de casarme...

—¡Oh, qué encanto, Doctor! ¡Oh, qué noticia!

Nació usted para ser mi providencia;

Me dá vida; salud; mujer bonita...

—Y ¿de ese modo pagas?...

—Y no cedo;

Ya tu cachaza mi impaciencia aviva.

—Te prometo...

—Desprecio tus ofertas.

—¡Es mi mujer!

—Pues pronto será mía.

—Y mandando á los suyos; —Pronto—dijo,

—Llevad el coche junto á aquella encina,

Y bajad á ese hombre y amarradlo.

—Sonó un tiro; otro más; otro en seguida:

Veloz desarmó á Vídvan la canalla,

Y riendo su mala puntería,

Comentando amenazas y promesas,

Con violencia brutal y mofa étnica,

A un viejo áspero tronco endurecido

Con terebrante compresión lo ligan.

Eva salta del coche; hacia su esposo

Con angustiada faz se precipita;

Luzbel con firme abrazo la detiene;

Ruge impotente exasperado Vídvan;

Eva pierde el sentido; ante su novio,

Sobre el césped, Luzbel la deposita,
Y á los suyos despide.

—Te perdono

Tan traidora y cobarde alevosía;
Has querido matarme;— y sonriendo
Sarcástico añadió:—también la vida
Tú á mí me debes: con que en paz estamos.

¡Ya acudo á reanimarte, bella niña!

—Soy muy rico Luzbel... y mi fortuna...

—No alcanza á compensar esta delicia.

—Pues márame.

—También gozarás viendo...

—¡Miserable! ¡Villano! ¿Así, á mi vista...?

—¡Qué encuentro tan feliz! ¡Qué gran mañana!

—Mátame ¡infame! ¡mátame deprisa...!

—Primero vas á ver cómo esta diosa
Del cambio de varón se regocija.—

Y Luzbel, despojado de su traje,
Lució sus miembros de nervudo escita;
Su varonil belleza que envidiaran
Los vencedores de la fiesta olímpica;
Se arrodilló ante Eva que, insensible,
En desmayo letárgico yacía,
Y, con el filo del puñal hendiendo
Telas y encajes y enlazadas cintas,
Descubrió aquellas curvas tentadoras,

Aquella hermosa estatua alabastrina,
Y cayó sobre ella, como cae
El hambriento chacal sobre su víctima.

Volvió Eva en sí: de espanto horrorizada
Rechazó la salvaje acometida,
Y lanzó un alarido penetrante
Que hizo crujir el corazón de Vídvan.
—No quiero hacerte mal ¡gloria del alma!
—Murmuraba Luzbel; —¡estrella mía!
No soy un criminal: soy un amante
Que sólo quiere ver correspondida
La pasión que tu mágica hermosura
En lo profundo de mi sér infiltra.

Si fuese el mismo Dios, el Mundo diera
Por un abrazo tuyo; nó resistas;
Si te obstinas lo mato; —y así hablando,
El brazo extiende, la pistola enfila
Hacia Vídvan; dispara, y no lo hiere.

Eva queda otra vez desvanecida,
Y entretanto Luzbel de gozo aulla;
Los blancos dientes, de placer rechina,
Y convulso, frenético, crispado,
Ronca y muerde, y agítase y suspira.

¡Cuánta viril pujanza reblada
Por virginales ópimas primas!
¡Con qué bárbaro imperavasallante

Deflagraba el amor que multiplica,
Que perpetúa de la estirpe humana
La secular selecta dinastía,
Y los sentidos enloquece, y borra
Toda noción de lástima y justicia!

Aquél era el triunfo de la carne;
Del vientre, que deleita y fecundiza,
Sobre la frente, que medita y llora;
Cópula al aire libre; primitiva;
Gozada sobre lecho de violetas;
Por los rayos del sol favorecida;
Por selección sexual legitimada;
Por la victoria del más fuerte, lícita;
Para el bien de la raza, ventajosa;
Por la Creación entera protegida;
Circundada de vivos resplandores
Que no sabe apreciar nuestra pupila;
Apoteosis del amor humano;
Ni grupo más gallardo esculpió Fidias,
Ni el Paraíso vió en sus enramadas
Conjunción más armónica y prolífica.

Abarcando embriagado aquel tesoro
Que entre sus brazos codicioso admira;
Descansando endiosado sobre tanta
Rosada redondez provocativa
Á la que debe, aunque por fuerza sea,

El placer más intenso de su vida,
Luzbel, por la belleza subyugado;
Reconocido á tan inmensa dicha;
Ansiando disfrutarla eternamente;
Viendo aquella garganta nacarina;
Aquellos rojos labios entreabiertos;
Aquel turgente seno que palpita;
Aquel cálido aliento perfumado;
Aquella resistencia inofensiva;
Aquella honestidad tan inocente,
Con toda la vehemencia que le inspira
La pasión natural, real, humana,
En tan suprema intimidad nacida,
Convirtió el arrebató impetuoso
En galantes lisonjas exquisitas;
En mimosas endechas delicadas;
Suplicantes querellas persuasivas;
Fervoroso rendido vasallaje;
Regaladas satánicas caricias,
Y la voz del mancebo enamorado
Fué un himno que solloza y solicita;
Serenata de lánguidos suspiros
Que á las entrañas, halagüeños, iban
Y en ellas, con deliquio inenarrable,
Voluptuoso incendio difundían.

Con los ojos cerrados; en las carnes,
Cual cilicios, las cuerdas embutidas;

Encajadas por nérvea contractura
Las rechinantes rígidas mandíbulas,
Vídvan despedazándose en su potro,
—Todos tras éste;— para sí decía.
—¡Y lo salvé yo mismo! porque soy
De este Caín ¡la Providencia inicua!
—Y al entreabrir, sin voluntad, los párpados
Percibieron sus ávidas pupilas,
De Luzbel las atléticas espaldas,
Y de Eva la forma curvilínea,
Nunca vista, cercana, exuberante,
En incitante morbidez tan rica,
Que la besó con los avaros ojos,
Y en mitad de sus celos y su ira,
Por cima de su afrenta y de su ultraje,
Sintió que de pasión se estremecía;
Que su carne, lasciva, se inflamaba,
Corroborando la aserción maligna,
El anuncio insultante del bandido,
Que bochornosamente se cumplía.
—¡Si así mi sexo, sin rubor, responde!
¡Si así mi instinto de varón se anima!
¡Si ante la hembra mi razón se anula
Y mi punzante oprobio, se disipa....!
¿Cómo habrán respondido esas entrañas
A la misión más alta de su vida!
¿Quién duda? Ante el objeto apetecido,
Los dientes del famélico ¡mastican!
En el raudal, ¡embriágase el sediento!
Ante el aire, el axfítico ¡respira....!

—Y percibió un lamento femenino,
 Queja apagada, suplicante, equívoca,
 Y exclamó retorciéndose impotente;
 —¡Voluntad! ¡libertad! ¡todo es mentira!
 ¡No hay más que el mecanismo irresponsable!
 ¡La función material preestablecida!
 ¡Constancia! ¡gratitud! ¡alma! ¡heroísmo!
 ¡Virtud! ¡abnegación! ¡todo es mentira!—

Y la rotunda negación escéptica
 Desatentado y loco repetía,
 Golpeando al compás el duro tronco
 Con la noble cabeza convulsiva,
 Que inclinó ensangrentada y sin sentido,
 ¡Por tan brutal tormento encanecida!

.

Un silbido estridente y prolongado
 Alarmante sonó: se oyó enseguida
 Una detonación: otra más cerca,
 Y, con faz temerosa é intranquila,
 Llegó un amigo hasta Luzbel clamando;
 —¡No hay más remedio que emprender la huida!
 —¿Qué quieres?

—Que nos cercan ¡y nos matan!

—Y ¿quién deja esta prenda tan divina?

—¡Que vienen!

—Me la llevo.

—No es preciso.

—¡Como el vivir!

—Ya estamos en la pista;
Volveremos á hallarla.

—Pero...

—¡Huyamos,

Que nos ven y á mansalva nos fusilan!—

Y en tanto, al Capitán, el bandolero,

Bien ó mal, en sus ropas envolvía,

Y con hercúleos brazos lo elevaba

Sobre el caballo.—¡Adiós, bella odalisca!

La esperanza de verte me sostiene...

—¡Capitán...!

—¡Te hallaré!

—¡Que nos fusilan!—

Y partieron, en tanto que los tiros,

Más inmediatos cada vez se oían,

Repetidos con lúgubre concento

Por las faldas y cúspides vecinas.

.
.
.

Tiempo después, sangrienta y congojosa,
Las desgarradas ropas mal ceñidas,
Eva llegaba á Vídvan, extrañando
Que aquel viejo canoso fuese Vídvan.

Cortó con un puñal las lligaduras
Que en pie al débil esposo retenían,
Y lo sostuvo con viril esfuerzo,
Llamándolo anhelante y afligida.

A la insistente invocación sonora,
Abrió los ojos ofuscado Vídvan;
Vió á Eva destrenzada, cual bacante
Que desgrenó el desorden de la orgía;
Alejóse dos pasos, cual si huyese
De reptil que repugna y contamina,
Y, con tonante acento apocalíptico,
Imponente gritó: —¡Hembra maldita!
¡Incubadora vil! ¡Matriz sin alma!

¡Cuánto has gozado al recoger, lasciva,
El germen de rameras y bandidos
Que en tu lúbrico seno fructifica!

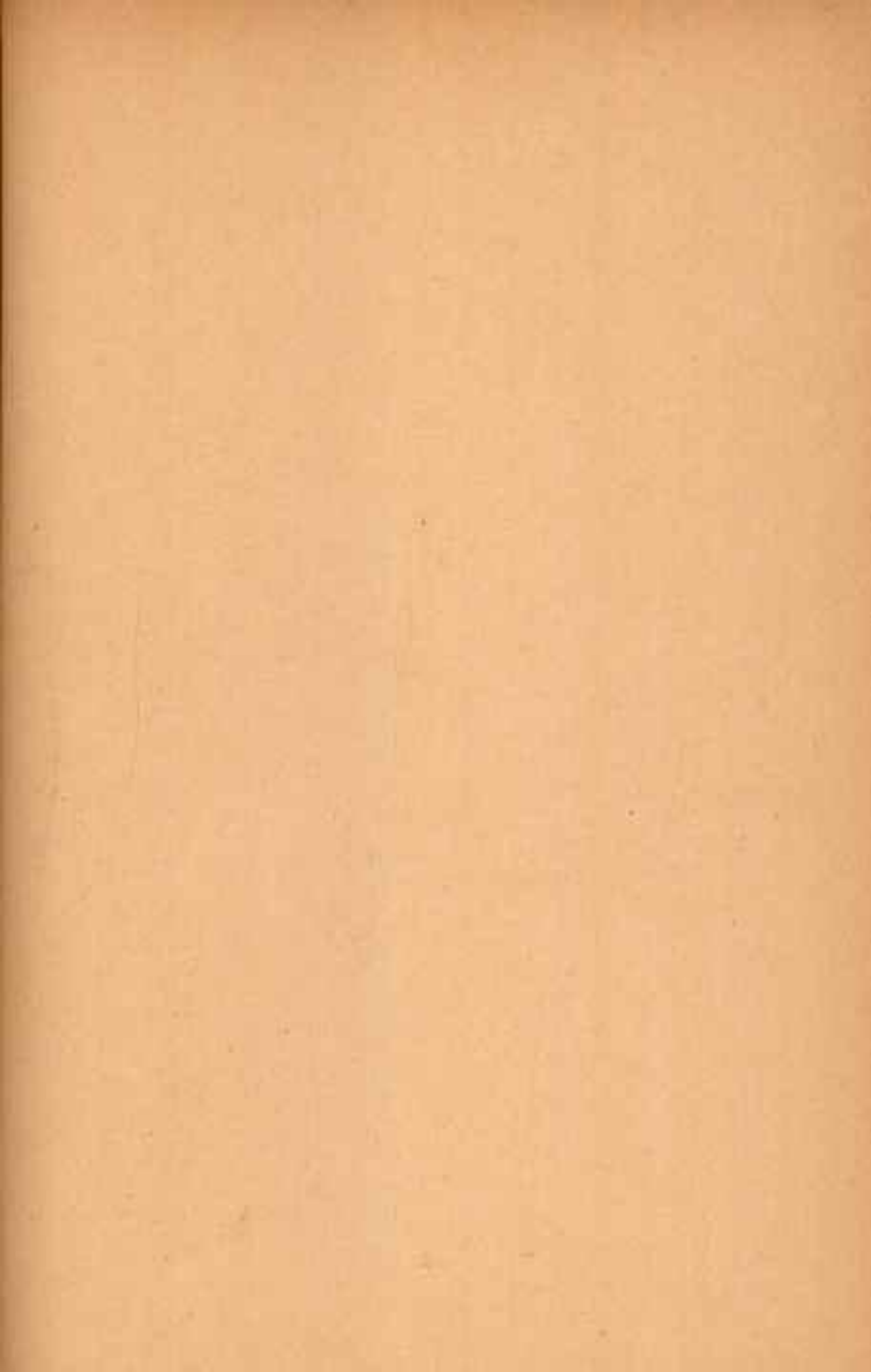
Ya lo amas más que á tí; más que á tu madre,
Y, ¡cuánto más que al desdichado Vídvan!

¡Ay! si tú fueses la mujer primera,
Yo, sediento de bien y de justicia,
Oponiéndome á Dios, ¡de tus entrañas
La Humanidad naciente arrancaría! —

Al escuchar la imputación horrenda,
Eva cayó aterrada de rodillas,
Quizás por la calumnia anonadada,
Por la verdad, acaso, confundida;

Mientras él, con sollozos que parecen
Estertorosas quejas de agonía
De tantas ilusiones maltratadas,
Y de tanta bondad desconocida,
A lo más escabroso de la sierra,
Como un Dios condenado se encamina;
Como un sabio profeta desmentido
Que avergonzado y mudo se retira;
Cual alma pura que del cuerpo huyese
Por la bestial materia escarnecida,
¡Dejando sólo con el barro imbécil
Á la grosera Humanidad indigna!...

FIN DEL CANTO TERCERO



VÍDVAN

CANTO CUARTO

I

Cárdena nube oculta el firmamento;
Crespón de bruma el horizonte cierra,
Y ostentando implacable ensañamiento,
Terrible tempestad bate la sierra.

En las lejanas cumbres se amontonan
Densas masas de lóbregos vapores,
Que cual gradas gigantes se escalonan;
Sus senos terroríficos detonan,
Fulgurando siniestros resplandores
Que universal devastación pregonan,
Y algún pico eminente se derrumba
Y por la cuenca rueda rebotando,

Fragor altisonante levantando
Que en las cavernas cóncavas retumba.

Por el estruendo atroz sobrecojida,
Y por la luz del rayo deslumbrada,
Dispersa corre en divergente huída,
De espantados lobeznos la manada;
Gacha la oreja, el paso impetuoso,
Sin tino en la pendiente resbalando,
Busca ofuscado su guarida el oso,
Á la azorada presa renunciando,
Y hasta las mismas nubes remontada,
Apresura su vuelo silencioso
Agorera y fatídica bandada.

No azota el aguacero las aderas;
Ni se arroja al azar por las vertientes;
Ni transforma arroyuelos en torrentes;
Ni inunda subterráneas madrigueras.
No zumba el vendaval en los jarales;
Ni silba en las marmóreas hendiduras;
Ni desarraiga secos matorrales;

Ni triunfante los sube á las alturas
Trazando polvorientas espirales.

Hay sorda calma lúgubre y sombría
En aquella tormenta incandescente
Que ni ventisca, ni granizo enfría.

La irrespirable atmósfera caliente
Letal bochorno del Simoun semeja,
Que baja al precipicio osadamente,
Y el leve charco que el azul refleja,
Y el amarillo líquen indigente,
Y el tenue musgo, desecados deja.

Lanzando sofocantes radiaciones
Vahean las graníticas montañas,
Cual hornos de ciclópeas fundiciones
Donde hirviesen los hierros y carbones
Que encierran sus metálicas entrañas;
Y es todo en la imponente cordillera,
Aridez y calor ecuatoriales;
Trueno que aturde; rayo que incinera;
Calcinados y ardientes escoriales;
Relámpago que en ellos reverbera,
Y vislumbre de escenas infernales.

II

Cual titán, de su cárcel escapado,
Que, belicoso, explora el horizonte:
Como rebelde Sísifo cansado,
Ó enigmático símbolo plantado
Sobre el abrupto pedestal del monte,
Negro destaca en escarpada cumbre
El contorno viril de una figura,
Que toca de los cielos la techumbre;
Cuyos rasgos la niebla desvanece
Y la larga distancia transfigura,
Y, fantástica y hórrida, parece
El cínico Satán, que ávido espera
El ocaso de aquel tremendo día
En que al Averno, por falaz é impía,
Irá tras él la Humanidad entera.

Aquel sér estrambótico, sentado
Sobre la peña inaccesible y dura,
Que levanta sus puños, irritado,
Con violenta y nerviosa crispatura;
Aquel hombre que gime y desespera,
Mesa sus canas, y blasfema, y jura,
Mientras su frente despejada y pura,
Ya se yergue arrogante y altanera,
Ya se inclina con trágica tristura,
Es Vídvan, el filósofo errabundo
Nacido sin hogar, padres, ni nombre,
Que en pos de la verdad renunció al mundo,
Y alucinado por amor profundo,
Dejó la ciencia para hacerse hombre.

¡Cuán merecida compasión provoca
Su histérico sollozo, entrecortado
Por carcajada convulsiva y loca,
Escupida de aquella amarga boca
Que jamás de dulzura ha disfrutado,
Ni cantó en crapulosas bacanales,
Ni embriagantes esencias ha bebido,
Ni libó morbideces virginales,
Ni tranquila, siquiera, ha sonreído!

Encaramado en la empinada cima,
Que del valle de lágrimas lo aleja
Y al azul paraíso lo aproxima;
Fulminando terrífico su queja
Que, cual verbo de roncadas tempestades,
El horrísono trueno contestaba,
Y disputa de excelsas potestades
El diálogo inaudito semejaba,
Vidvan sabio, filósofo, poeta,
Alma ideal á quien la carne oprime,
Tímido apóstol, inconsciente asceta,
Víctima augusta, acusador sublime,
A sus pies los abismos del planeta,
Frente á frente, las iras celestiales,
Con voz de apocalíptico profeta
Lanzaba estos conceptos inmortales;

III

¡Maldita sea la intención creadora,
Que disipó las sombras de la nada
Con el fulgor de la primera aurora!

¡Maldita aquella luz inesperada,
Nuncio de vida, y de dolor, y llanto,
A iluminar maldades destinada!

Pienso con honda indignación y espanto,
Que ¡sólo la infinita omnipotencia,
Consagrándose al mal, pudo hacer tanto!

¿No previó la profética presciencia,
Que al crear, decretaba el nacimiento
De toda iniquidad y delincuencia,

Ó también el divino entendimiento,
Como el mortal, se pierde en conjeturas,
Si no palpa el tangible experimento,

Y son indispensables mis tristuras,
Mis heridas, mis lágrimas, mi muerte,
Para ilustrar al Dios de las alturas?

¿Quién pudo, Única Causa, suponerte
Atisbando imprevista contingencia
Capaz de aleccionarte ó sorprenderte?
¿Imaginó tu ingénita omnisciencia
Que esta menguada Humanidad que hiciste,
Revelase, al probarla en la experiencia,
Pensamientos, que Tú no concebiste,
Ó virtudes, que Tú no has presumido,
Ó maldad, que tampoco le infundiste?
Si, de antemano, te era conocido
El pesar inaudito que me acuita,
Y no lo has evitado, condolido,
¡Oh Dios! ¡suprime mi razón precita!
Pues ve que tu poder ¡es absoluto!
Mas ¡qué horror! tu bondad ¡no es infinita!
Si lo fuese, ¿callara el diminuto
Ruiñeñor que alegraba la espesura,
Paralizado ante reptil astuto,
Transido el pecho de mortal pavora,
Al ver cómo se abre, y lo acorralla,
Y lo traga, la hambrienta sepultura
Por donde, aun vivo, con terror resbala,
Y la presión de aquellas fauces siente
Que al morir acaricia con el ala?
¿Mantuviérase ley tan inclemente,
Que sacrifica toda una existencia
A efímero bocado insuficiente?
¿Ahogárase la pura florescencia
De mi pasión poética y bendita
En torrentes de obscena pestilencia?

¡Cuán justo que frenético repita!;
¡Hossanna! tu poder, ¡es absoluto!
Mas ¡oh Dios! tu bondad, ¡no es infinita!

Infinito, es el fúnebre tributo
Que rinden ante el mal y sus legiones
La Humanidad, y el vegetal y el bruto;

Infinitas, las múltiples acciones
Del dolor proteiforme que tortura
Fibras y nervios, mente y corazones,

Y ya es ávido cáncer que supura;
Ya naufragio sin norte, ni esperanza;
Cataclismo que imperios desfigura;

Ya es hambre, sed, ancianidad, venganza,
Calumnia, ingratitud, celos, mentira,
Y siempre hostilidad, guerra y matanza.

¡Oh! cuando el sabio al firmamento mira,
É infiere, con fundadas ansiedades,
Que cada globo, que extasiado admira,
Tendrá luchas también, y liviandades,

Y traidores, y dolo inverecundo,
Y otras tantas incógnitas ruindades,
Inclina la cabeza gemebundo,

Al ver ¡cómo el dolor está esparcido
Por los ingentes ámbitos del mundo!

Y ¡cuán fácil á Dios hubiera sido
Crear un Universo venturoso,
A su divina gloria parecido!

¿Cómo un sér tan perfecto y tan dichoso
A indefensos vasallos tiraniza?
¿Cómo, siendo feliz, no es generoso?

¿Quién su propio contento esteriliza
Presenciando espectáculo aflictivo?
¡Sólo el martirizado martiriza!
¡Sólo aquél que padece es vengativo!
¡La desgracia es la madre del pecado!
Comprendo á Lucifer: mas nó concibo
Que Dios tanto suplicio haya inventado,
A menos que también Dios mismo sea,
¡En medio de su gloria, un desgraciado!

.....
.....
.....

¿Tú desgraciado? Acaso, en la pelea,
¿Satán sutil y artero te ha vencido?
¿De asechanzas tan viles te rodea,
Que so el genio del mal has sucumbido?
Lejos de hacer, de tus inventos, gala,
¿Hallas el cielo pobre y deslucido,
Y te remuerde el ver que tu obra es mala;
Ó tu perenne soledad te abruma;
Ó tu poder á tu ambición no iguala?
¿Tú desgraciado? ¡Deja que presuma,
Que un infortunio colosal y eterno
Descarga en tí su pesadumbre suma!
¡Deja que piense, compasivo y tierno,
Que la común adversidad nos liga!
¡Que abra mis brazos con amor fraterno

Y cordial y efusivo te bendiga!
¡Que es más santo un Dios tétrico que gime
Que un Dios feliz que sin piedad castiga!...
¡Cuán gravemente el corazón oprime,
Saber que ciñe sempiterno luto
El que su imagen á su hechura imprime!
¡Saber que la desgracia es su atributo!
¡Cada sol una lágrima llorada
Por el Dolor supremo y absoluto!
¡Oh miserable Humanidad, forjada
Por un Dios descontento y dolorido,
Para ser pecadora y condenada!
¡Oh protervo gusano envanecido;
Por inmundos agentes engendrado;
En hediondas entrañas concebido,
Y por cruenta cloaca eliminado,
Cual piltraco viscoso y vaheante,
De excrementos y podre saturado!
¡Cuánto dista tu amor inficionante,
Evacuación de fétidos humores,
Con ansia quejumbrosa y jadeante,
Del incorpóreo idilio de las flores,
Cuya pasión, romántica y divina,
Sólo exhala platónicos olores;
Aromática endecha que trasmina,
Y vuela al seno de virgínea rosa
Embalsamando el áura cristalina!
Y ¿eres tú misma, Humanidad juiciosa,
La razón, el objeto preferente,
El fin de esta creación maravillosa,

Para tí cincelada expresamente,
Y que sin tí, de nada serviría?
¡Oh presunción fanática ó demente!
¡La abyecta Humanidad perecería,
Y el planeta, florido y luminoso,
Impasible en el éter flotaría!
Séreno; sepulcral; cual suntuoso
Panteón de soberbia y vanagloria;
Cual nuevo Paraíso delicioso,
Abochornado de su antigua historia;
Para un sér más perfecto reservado,
Digno de amor, felicidad y gloria.
Mas ¡ah! que es el autor de lo creado,
Fuerza inconsciente, aciago mecanismo
De reflexión y libertad privado,
Que engendrará, con ciego automatismo,
Otro mónstruo de innoble procedencia,
Fatal reaparición del hombre mismo.
Y ¿quién desmentirá esta consecuencia
En un mundo en que todo es necesario;
Donde toda templanza es impotencia;
El valor, atavismo sanguinario;
La humildad, estrategia del cobarde;
El amor, apetito del ovario;
El decantado maternal alarde
De la que el pecho al hijo brinda ufana,
Temor ruín de que en vaciarlo tarde,
Y el frote de membrana con membrana,
Fruición más esencial é imperativa
Que toda idealidad del alma humana?

¡Cuán absurda la estéril tentativa
De hermanar el libérrimo albedrío
Con una sola Causa primitiva!

No hay más opción, ni libertad, que el brío
De instinto que cumplir su ley procura;
Irreflexivo, irracional, impío;

Cual sillar desprendido de la altura,
Que así al insecto ponzoñoso aplasta,
Como á la más angélica criatura.

Y ¡oh deducción legítima y nefasta!
Por mucho que se inquiera y que se ahonde,
En esa inmensa infinitud tan vasta,

¡Ni un rudimento de bondad se esconde!
¡Ni corazón Natura ha demostrado!
¡Ni al clamor de sus víctimas responde!

¡Todo, inconscientemente, lo ha fraguado!
¡Todo, inconscientemente, lo ha nutrido!
¡Todo, inconscientemente, lo ha matado!

Tan sólo ingenua y generosa ha sido,
¡Negando que haya un Dios omnipotente
De inexorable saña poseído!

Y es más acepta á mi benigna frente,
¡La ceguedad de Fuerzas sin conciencia,
Que la crueldad de un Dios inteligente!

.
.
.

¡Delito iniciador de mi existencia!
¡Instante de mi infausto nacimiento!
¡Varón sin paternal benevolencia!
¡Mujer que ni regazo, ni alimento,
Al fruto de tu vientre deparaste!
¡Pérfida mano que me dió sustento!
¡Eva sensual, que mi ilusión mataste,
Cuando el soez anhelo y la rulea
De la bestial carnaza evidenciaste!
¡Plebe feroz! ¡Inútil patulen
Que al genio humilla, á la virtud tortura,
Y al tirano deifica y victorea!
¡Creación que me engañó con su hermosura!
¡Trueno que amagas con rugiente tono!
¡Brutal indiferencia de Natura!
¡No me inspirais enemistad, ni encono!
Os juzgo irresponsables y ¡os absuelvo.....!
¡Todo el mal que me hicisteis os perdono!

Ni, airado, contra el Cosmos me revuelvo;
Ni, sumiso, á sus males me subyugo;
Ni, despechado, á lamentarme vuelvo;
Que ni al destino malhadado plugo
Hacer perpetua tan odiosa vida,
Ni es imposible quebrantar su yugo.

Una vez de esta carne desprendida,
Mi perdurable esencia sobrehumana
Recobrará la libertad perdida.

¿Qué vale la parcial ciencia liviana
Negando las esencias personales,
Si es inherente á la conciencia humana,

La fe en compensaciones celestiales,
Justa reparación del sufrimiento
Llorado en las prisiones terrenales?

¡Hay más allá! ¡lo afirma el sentimiento!
¡De mundos el espacio está sembrado!
¿Han de ser todos, potros de tormento?

Solo el fatuo bimano empavesado
Con los dientes y greñas y despojos
Del prójimo ó del hijo devorado,

Puede jactarse, sin sentir sonrojos,
De ser Régulo, Orión, cada planeta,
Mera lisonja á sus ociosos ojos.

Quede aquí, quien así el caso interpreta;
Quien no se inmuta por el daño ajeno;
Quien se regala con lo que otro excreta;

Que Vídvan, harto de impostura y cieno,
Quiere á ignotas regiones remontarse
Lejos del sucio lodazal terreno.

Morir nó es perecer: es transformarse:
Es transmigrar á esferas superiores;
Olvidar, ascender, perfeccionarse.

¡Adiós, obras de sabios escritores!
¡Santa fe que mi infancia has confortado!
¡Maestro de consejos bienhechores!

¡Risueñas esperanzas que he soñado!
¡Reconocido Vídvan os bendice!
¡Sois los únicos goces que he probado!
Yo vuelo á donde todo fraternice;
Á aquel lucero donde no anochezca;
Donde luz musical aromatice,
Y nada se desgaste, ni envejezca,
Y la virgen alada y pudibunda,
Sin sacrílega cópula florezca.
Do lo ideal en lo real se infunda;
Entre Hadas, y Musas, y Vestales,
Cuyo canto, verdad y bien difunda;
Dueño de numen y secretos tales,
Que parezcan mis artes é invenciones
Creación de los agentes naturales;
Revelando en mis ínclitas acciones
Que llevo en mi sér algo de Dios mismo.
¿Quién si nó, me infundiera estas nociones
De eternidad, justicia y optimismo?
¡Misterioso ultratumba! al contemplarte
¡Qué curiosa efusión de misticismo
Me impele á conocerte, y admirarte!
¡Sumo Sér! ¡Santo Dios! ¡Única esencia!
¡Perdona á este mortal que va á buscarte!
¡Vídvan posee la verdadera ciencia!

.
.
.

Y Vídvan levantó el arma homicida.....

Mas, antes de esgrimirla fieramente,

Sobre ella cayó el rayo candente

Que arrebató el arma con la vida.

¡Quedó frustrado su vehemente anhelo!

¡No lo mató la diestra del suicida,

Sino el rayo purísimo del cielo.....!

.
.
.

Al declinar tan espantoso día,

Sobre la cruenta cima resaltaba,

Y en el fondo nublado destacaba

Su silueta fatídica y sombría,

Un buitre que, las alas agitando,

Las entrañas de Vídvan devoraba,

El corazón marchito desgarrando.....

Y á un mismo tiempo el monte semejava,

Cual símbolo ejemplar y giganteo,

El Cáucaso opresor de Prometeo,

Y el Thabor que al opreso emancipaba.

FIN DEL POEMA

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.....	V
Canto primero.....	1
Canto segundo.....	41
Canto tercero	87
Canto cuarto	137







